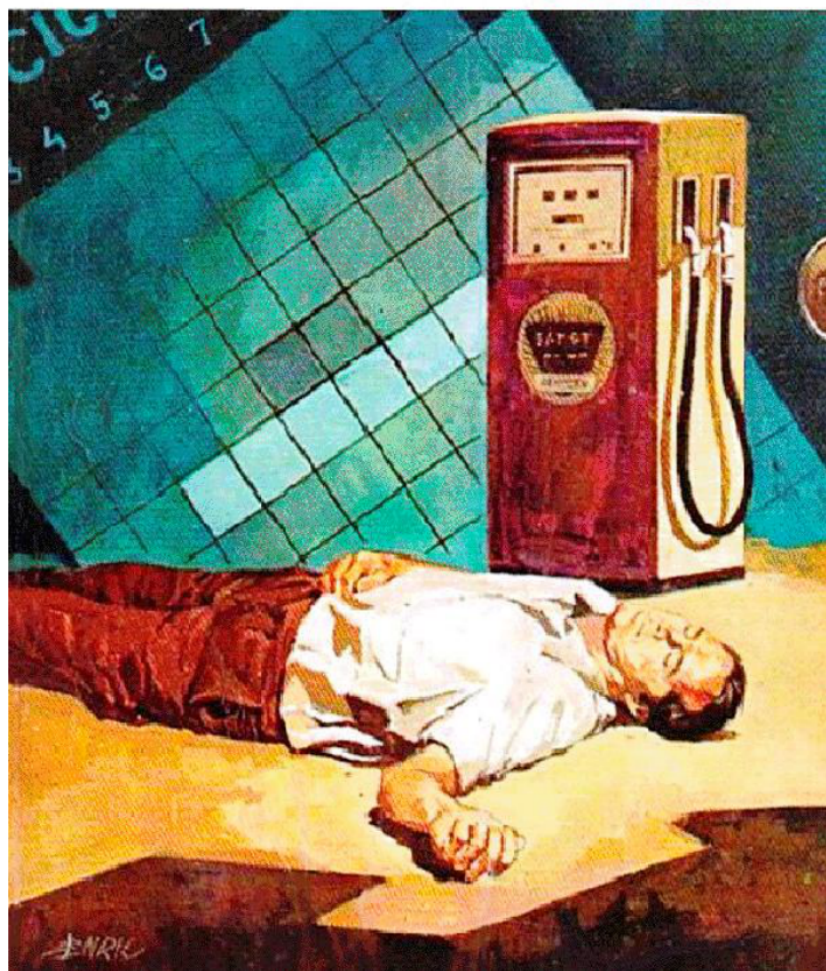




una palabra de seis letras

joe mogar



COLECCION

PUNTO ROJO



JOE MOGAR

UNA PALABRA DE SEIS LETRAS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 649
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 30.866 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: septiembre, 1974

© JOE MOGAR, 1974

texto

© ENRIQUE MARTIN, 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.013 — Llamada a un pistolero.

En Colección BUFALO:

395 — Alias, Pistol Kendall.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.222 — La muerte acecha en París.

En Colección CALIFORNIA:

878 — El jinete del Gran Cañón.

En Colección SALVAJE TEXAS:

912 — Sharon del rancho Barrera.

En Colección COLORADO:

858 — Tumbas en la cascada.

En Colección KANSAS:

799 — Carta a un pistolero.

En Colección BRAVO OESTE:

583 — Una forastera peligrosa.

En Colección PUNTO ROJO:

636 — Epitafio para un novelista.

En Colección ASES DEL OESTE:

672 — Una silla de montar.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

105 — Sorpresa en la noche.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

175 — Muerte en Rock Springs.

CAPÍTULO PRIMERO

El vapor del motor del coche, que se filtraba por las juntas, me daba en los ojos, empañando el cristal del parabrisas, impidiéndome casi ver el camino que tenía que seguir.

La correa del ventilador, una milla y media más abajo, se había roto, y tenía que llegar a cualquier parte donde pudieran repararla, o donde poder llamar para que vinieran a recoger el coche y un lugar donde pasar la noche; un lugar a propósito para descansar.

Un motel me vendría bien, pero sabía que de aquel modo jamás lo alcanzaría. El motor, excesivamente recalentado a falta de la debida refrigeración, calentaba asimismo el interior del coche, ahogándome casi, a pesar de llevar todas las ventanillas abiertas.

El agua del radiador se estaba evaporando a pasos agigantados y entonces tendría que detenerme en la cuneta, y hacer *auto-stop*, contando con que alguien se aviniera a llevarme a cualquier parte... dejándome el coche detrás, cosa que no me agradaba ni poco ni mucho.

Un motel...

Vi las luces de la quinta un cuarto de milla más adelante, y suspiré.

Llegaría allí, aunque fuera a pie, en busca de un teléfono. El resto, sería después completamente fácil para mí; mejor, mucho mejor de lo que había supuesto a partir del momento en que la correa del ventilador tuvo la maldita idea de partirse en dos pedazos.

El camino; le vi poco después, a mi izquierda, y aminoré un poco la marcha para tomar la cerrada curva, y a pesar de ello las cubiertas chillaron sobre el asfalto, justo en el momento que casi deslumbrándome, viniendo de la quinta, de la cabaña, de la casona, llámese como se llame, otro coche se cruzaba con el mío.

Fruncí el ceño, continué conduciendo, y finalmente lo detuve

frente al magnífico porche de mármol de colores, sujeto el techo por columnas del mismo material, pero de blanco color.

Subí los escalones, me acerqué a la puerta, y busqué el llamador; al ir a pulsar el blanco botón del timbre me di cuenta de que estaba abierta, sin encajar los pestillos, si es que los tenía en su parte interior.

Sin saber por qué no llamé, me limité a entrar, sabiendo de antemano a lo que me exponía, pero pensando al mismo tiempo que quizá el que se cruzara conmigo podría ser el dueño, y en un descuido haberse dejado la puerta abierta... si no contaba con las encendidas luces de la planta baja.

El *hall*, amplio, lujoso, sobrio y elegante, también de mármol blanco; las lámparas de araña colgadas del techo, y varias puertas al otro lado, y una de ellas, la del centro, abierta, mostrando la luz del interior.

—¡Eh!, los de la casa —casi grité.

Ni el eco me devolvió la voz.

Llamé por segunda vez, elevando el tono, pero recibí la misma respuesta por lo que decidido ya a aventurarme, crucé el *hall* yendo hacia la puerta abierta del otro lado, fui a cruzar el umbral, y me detuve en seco, con la mano ya bajo la axila izquierda, mirando a la mujer caída en el suelo, al parecer muerta, y nada más.

Sólo un periódico en una mesa, y una silla caída en el suelo, que la mujer debió arrastrar en su caída.

Escuché antes de aventurarme más.

El silencio era absoluto.

Miré hacia la escalera del fondo cuyos escalones parecían brillar a la luz de las lámparas. Nada también; siempre nada.

Me arrodillé junto al cadáver y lo examiné, pero sin tocarle y a continuación me puse en pie.

Un periódico sobre la mesa, como ya viera antes, y un crucigrama sin terminar. Con una sola palabra para cerrarlo; una sola palabra que evidentemente la muerta, había empezado a escribir.

Cri...

Dudé unos segundos; crimen, aquélla era la palabra, y al parecer, el asesino, quizá con sadismo, quizá por causa para mi desconocida, esperó, tal vez, a que empezara, la interrumpió en

aquel punto y le pegó un tiro en la cabeza.

Miré a mi alrededor y de nuevo, una vez más, hacia la escalera de mármol.

Escudriñé el suelo.

El casquillo, la vaina vacía de un cartucho del 45 para automática, posiblemente un «Colt», brillaba entre la alfombra, a pocos pasos del cadáver.

Me acerqué, pañuelo en mano, y lo recogí guardándolo luego, envuelto cuidadosamente, en el bolsillo del pantalón.

Con la mía en la mano, respirando el silencio agorero y mortal que me envolvía, que envolvía toda la casona, me encaminé hacia la escalera; empecé a subir...

Ellos llegaron en silencio, sin un solo rumor, sin nada que anunciara su presencia, por lo que me sorprendieron casi cuando estaba alcanzando el primer rellano.

—¡Tire el arma! Vamos, o le abro un agujero en la nuca.

La solté, y la «Mauser» del 22 golpeó duramente contra uno de los escalones, y me volví.

Eran tres, y los tres de uniforme.

Los tres también, con la estrella de cinco puntas prendidas en las camisas.

Dos jóvenes, de unos treinta el primero, y de veinticinco años el segundo. El otro era más viejo, su edad podría alcanzar los cincuenta.

Los tres, también, por supuesto, eran policías.

—Vamos, amigo, baje esa escalera.

Lo hice lentamente, examinándoles a conciencia, mientras que ellos, a su vez, me examinaban a mí.

Alcancé el *hall*, muy cerca de ellos, cuando el *marshall* continuó:

—Dese la vuelta y contra la pared. Tú, Joe, regístrale por si lleva algo más.

Hablé entonces por primera vez.

—Escuche un momento —empecé—, eso de ahí...

Ninguno de los dos me dieron tiempo para más, saltaron contra mí, y el más joven me atenazó por los brazos, traté de quitármelo del medio y en aquel momento el puñetazo del otro me alcanzó a un lado de la cara, de modo súbito, imprevisto, y me estrellé de

espaldas contra la pared.

Cuando quise reaccionar, ambos me golpearon al mismo tiempo y me vi de espaldas a ellos, sujeto contra la pared, con el cañón de uno de los revólveres apoyado en los riñones, oyendo la voz salvaje del *marshall* en mis oídos:

—Un nuevo movimiento, una palabra que no me guste, y le vamos a dar que sentir.

Vamos, Joe, regístrale.

Permanecí, como digo, completamente quieto.

Medio minuto más tarde, todo lo que llevaba en los bolsillos, incluyendo la cartera con los documentos pasaba a poder del *marshall*.

—Vuélvase.

Obedecí, como siempre, sin responder.

Me apuntaban los dos agentes; el máximo representante de la ley de White Plains, tenía mi cartera en sus manos y estaba contando los dólares que llevaba, en billetes de diferente valor.

—Tres mil dólares —monologó, clavando sus ojos en mí—. Una buena cantidad para llevarla por la noche dando un paseo. ¿Fue eso lo que le pagaron para que terminara con la vieja?

Le dediqué una sonrisa; una sucia sonrisa, pero ni el *marshall* ni los otros dos se inmutaron.

Hubo en sus ojos un leve parpadeo, cuando examinó mi licencia: una crispación en sus labios y con una maldición entre dientes, que apenas si se oyó, sacó de su bolsillo los tres mil dólares que previamente se había guardado, los introdujo en la cartera y me la dio:

—Correcto —dijo suavemente—, le pido disculpas pero... pero...

Hice un gesto con la mano y se interrumpió.

—De esos modales, *marshall*, es muy posible que hablemos más tarde —di media vuelta y sin esperar respuesta me volví hacia la escalera, subí hasta donde cayera la «Mauser» de mi propiedad, enfundé, y al hacer intención de regresar sobre mis pasos les vi, en todo lo alto, con los ojos desorbitados por el miedo, temblando, con los camisones de dormir puestos.

Dos viejos, más, algo más viejos que la dama muerta, a pocos pasos de nosotros, de la dama que continuaba en la misma postura, y que los dos, criados de la casa, estaban mirando, incapaces de

moverse, de actuar, y también de hablar.

La voz del *marshall* interrumpió mis cábalas.

—Fred, llévatelos a una de las habitaciones de ahí arriba. Les veré luego.

Descendí, cruzándome en el camino del llamado Fred, que me miró sin poder disimular su asombro, por algo que estaba ocurriendo allí y que no comprendía por el momento.

Y me tocó ahora a mí, formular la primera pregunta:

—¿Cómo llegaron en el momento oportuno, *marshall*?

Frunció el ceño; no le gustaba mi pregunta, no le gustaba, tampoco, que se le interrogara. Por lo menos, que le interrogara yo.

—Uno de nuestros coches-patrulla recibió una llamada telefónica: diciendo que aquí estaba ocurriendo algo.

—¿Hombre o mujer?

—No lo sabemos. Posiblemente porque desfiguró la voz o puso un pañuelo tapando el auricular.

Formulé una pregunta más. Ahora con los ojos fijos en el cuerpo desmadejado y roto de la anciana.

—¿Quién, era? —pregunté.

Su ceño se arrugó violentamente.

—*Mistress* Alice Callender; una mujer viuda, sola, y con un montón de dólares en el Banco local, y en Nueva York.

Hice una mueca, y mis ojos, otra vez, una más, descansaron en el periódico que había sobre la mesa.

—Tendría familia, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿Aquí, en White Plains?

Hubo unos segundos de silencio, y al fin soltó lo que yo esperaba que soltase, lo que desde el mismo momento en que supo mi identidad, deseaba decir:

—Tiene familia, efectivamente, como ya le dije, pero las investigaciones son por cuenta de la policía local. Usted no puede ejercer aquí, según como se mire. El recuerdo de los golpes recibidos y sus palabras me contrajeron el estómago. —No— recalqué, —según como se mire, así es, *marshall*, pero tengo la fuerza suficiente para hacer intervenir a la policía de Nueva York; a los de Homicidios, ¿comprende? Dio un paso hacia mí, el llamado Joe otro, pero se detuvo, sin dejar de mirarme a los ojos, con el

rostro rojo por la furia.

—¡Un cuerno es lo que va usted a hacer! ¿Cuándo se marcha de White Plains?

—Estoy de vacaciones, *marshall*, ¿comprende?

—Lo que quiere decir...

—Que lo mismo puedo pasar quince días aquí, que en otra parte cualquiera.

No maldijo, pero sus ojos se desviaron hacia Joe que al parecer, impasible, ahora no me quitaba la vista de encima, y acto seguido los volvió hacia mí.

—Correcto, míster Farrell —dijo—; correcto, pero no intente pisarme el terreno. No me gusta. Por otra parte, aquí, aunque sea en pequeño, también tenemos nuestro fiscal, un juez, y varios abogados.

—¿Y...?

—Que a ninguno va a gustarle su presencia aquí, y mucho menos que meta las narices en los asuntos de la familia Callender.

—Eso no lo dudo —repuse calmamente, pensando en el casquillo de la automática que llevaba en el bolsillo, envuelto aún en el pañuelo, y que durante el registro, precisamente por encontrarse en el pañuelo, no lo habían descubierto—. Y de los de Homicidios, *marshall*. Deme resultados en tres días, pongamos por caso, o tendrá aquí al teniente Foster de Nueva York. Puede que a él también le explique los derechos que tenemos en este terreno los de la ciudad, y los que no tenemos.

Su rostro lleno de furia, me impresionó, aunque traté, como cosa lógica, de que no se diera cuenta.

—Está desquiciando las cosas, míster Farrell —respondió.

Y también pude darme cuenta de que su voz sonaba ronca.

Intenté replicar, pero el ruido de la sirena de la ambulancia me lo impidió.

Un cuarto de hora más tarde se la llevaban, y tres minutos después emprendíamos el camino de White Plains, a dos millas de la cabaña, y a unas treinta de la población.

CAPÍTULO II

Casi no había nadie en el pequeño cementerio de White Plains cuando la enterraron.

El sepulturero, porque no podía faltar, claro; el *marshall*, tal vez porque tenía cierta amistad con *mistress* Callender, dos hombres a los que no conocía, lo que no tenía nada de extraño dada mi condición de forastero, y una muchacha.

Muy joven; de unos dieciocho a veinte años, de pelo largo, rubio, bien cuidado, cayéndole sobre los hombros semidesnudos, enfundada en una escotada blusa y unos pantalones vaqueros; zapatos de alto tacón, pero demasiado gruesa para mi gusto.

Me estaba mirando.

Disimuladamente, pero me estaba mirando, tal vez preguntándose quién diablos era yo.

¿Familia de la asesinada?

Dejé de pensar en aquello, desvié los ojos de la muchacha y centré mi atención en la tumba, y a las palabras que en aquel momento empezaba a pronunciar el reverendo Alexis Grey.

Cuando poco más tarde volví los ojos a la rubia, ella estaba saludando al *marshall*, por lo que di media vuelta, sombrero en mano, y abandoné el cementerio.

Ya en la calle principal de White Plains entré en un bar.

Me acodé en la barra, pedí *whisky* a una pelirroja y pregunté tan pronto como me hubo servido, pero mostrando entre los dedos un arrugado billete de cincuenta dólares:

—¿Conocía a la muerta, muchacha?

La pelirroja me miró con los ojos asombrados.

—¿Qué muerta? —preguntó a su vez, para disparar otra a continuación—. Oiga, ¿quién es usted?

—Un forastero —dije—. Un forastero curioso, y la muerta es...

Bueno, creo que la mataron anoche y se llama o se llamaba *mistress* Alice Callender.

Frunció el ceño y sus grandes y bellos ojos azules se fijaron en el billete que había entre mis dedos.

—Todo el mundo la conocía en White Plains —dijo—. Si no personalmente, sí de oídas. Dicen... dicen que su fortuna se cuenta en unos cuantos millones de dólares.

—¿Qué más...?

Me mostró los dientes, pequeños e iguales, en una sonrisa, miró a su alrededor, a la escasa clientela de aquella hora y de nuevo con los ojos fijos en los míos, preguntó:

—¿Me da ese billete?

Lo solté sobre el mostrador, al lado del vaso, la pelirroja lo tomó, y con la habilidad propia de un prestidigitador lo guardó entre los pechos.

—¿Y qué más...? —insistí, tomando el vaso y elevándolo hacia mis labios.

—Nada más —repuso ella—. Sólo que... *mistress* Callender no recibía visitas. Según se rumorea, su marido murió en un accidente, hace ya algunos años, dejándola heredera de su fortuna, y ella se encerró en esa vieja cabaña, y ya no volvió a salir más a la calle.

—¿Tiene familia?

—No estoy segura, forastero, pero creo que sí.

Recordé a la rubia del cementerio y respondí:

—Gracias, pelirroja, si averigua algo más, llámeme al hotel Warren. Me llamo Jesse Farrell.

—Lo haré.

Me dedicó una sonrisa y se alejó de mi lado, hacia el extremo opuesto del mostrador, pero también pude advertir, que la pelirroja no me quitaba los ojos de encima.

¿Verdad o mentira en lo que me había dicho?

Posiblemente mentiras adornadas de alguna que otra verdad.

Empecé a beber lentamente y al mediar el vaso consulté el reloj. Esther habría llamado al mecánico que ya estaría en camino, o quizá, posiblemente, en la cabaña de *mistress* Callender, en cuya puerta de entrada había dejado el «Mercedes», y cuyo mecánico, una vez reparada la avería, se encargaría de llevarle al hotel.

Pero no fue el mecánico quien lo hizo, pero en aquel momento

yo no lo sabía.

Terminé con el *whisky*, deposité una moneda junto al vaso, di media vuelta y abandonando el establecimiento salí a la calle.

Empecé a andar lentamente hacia el hotel; era la hora de la comida y no deseaba perdérmela.

Quince minutos me llevó alcanzarle y una vez en el interior caminé hacia el comedor.

Me senté, esperando.

Y ella llegó antes que la comida.

Me encontraba mirando la puerta cuando entró; vi cómo se detenía en el umbral, cómo asimismo miraba a su alrededor y luego con los ojos fijos en mí, se acercó, y me puse en pie para recibirla.

Vestía como una joven de la última ola, pero no podía negar de que era una verdadera dama. Ya me di cuenta en el cementerio.

Se estuvo frente a mí, y preguntó sire preámbulo alguno, y sin la más leve sonrisa, también sin la más leve cordialidad en la voz:

—Míster Farrell, ¿verdad? Míster Jesse Farrell.

Asentí con un leve gesto de cabeza y contesté:

—Sí, así es. ¿Y usted...?

—Perdón. Me llamo Paula

O'Connors

Callender.

Rodeé la mesa, tomé una de las sillas y con un gesto le indiqué que se sentara. —Gracias— dijo, obedeciendo.

Lo hice entonces a mi vez, al otro lado de la mesa, y quedamos frente a frente.

—Usted vio... vio... Llegó allí el primero, ¿no es así?

Sin responder a su pregunta formulé otra:

—¿Qué representaba para usted *mistress* Callender, *miss*

O'Connors?

—Era hermanastra de mi padre —me replicó.

—¿Más familiares aquí, en White Plains?

—No, pero vendrán —hizo un gesto de impaciencia y añadió—: Hábleme del crimen, ¿quiere? Usted llegó allí pocos minutos...

La interrumpí para explicarle todo cuanto sabía, pero callando el coche que se cruzaba conmigo, como también lo callé al *marshall*.

Al terminar pregunté:

—¿Quién hereda la fortuna de *mistress* Callender?

Me miró suspicaz.

—Antes de contestarle, míster Farrell —me interrumpió—, quisiera saber una cosa.

—¿Y es...? —alenté suavemente.

—¿Quién... o mejor dicho; por qué interviene en esto? Usted, en White Plains...

Pude darle infinidad de razones, entre otras los golpes recibidos sin causa justificada alguna, por una pareja de policías indudablemente ineptos, pero de entre tantas, no dije ninguna, sino que me limité a responder:

—Pongamos que no voy a irme, porque estoy de vacaciones. Por otra parte, nadie ha dicho que trate de pisarle el terreno a la policía local.

Fue entonces cuando me dejó estupefacto.

—Siendo así, ¿por qué no trata de averiguar algo, o bien, por qué no llama a los de Homicidios? Usted puede hacerlo.

La mesera, llevando la comida para mí, interrumpió mi respuesta, por lo que mientras que me servían pregunté a Paula:

—¿Quiere comer conmigo?

—Creo... creo que no podré pasar bocado..., pero me quedaré aquí hasta que termine...

—¿Y luego?

—Iré a la cabaña de tía Alice.

—¿Sola...?

La mesera nos dejaba solos cuando respondió:

—¿Y por qué no? Por otra parte, míster Farrell, no lo estaré mucho tiempo.

—¿No...? ¿Por qué?

—Por ahora soy la primera en llegar, porque se dio la casualidad de que yo estaba llegando a White Plains cuando se cometía el asesinato. Llevaba mucho tiempo sin ver a tía Alice y... y... Bueno, ayer me decidí y vine, para encontrarme con ese horrible crimen.

Pero los otros también vendrán; les puse un telegrama —añadió tras una ligera pausa—. Lo harán; los buitres siempre se reúnen alrededor de la carroña.

—¿Qué quiere decir?

Trató de sonreír, y casi lo consiguió.

—El testamento se abrirá pasado mañana, querido. ¡Ah! Estaré

en contacto con usted, si se queda en el pueblo, y le invitaré a pasar unas horas con nosotros.

—¿De quién sospecha, *miss* O'Connors?

—No... no lo sé, y le digo la verdad. Sospechar... así, de momento... No, no lo sé. Pudo... pude hacerlo yo misma.

—¿Sí...? Dígame un motivo, muchacha; su motivo —especifiqué.

—Unos cuarenta millones de dólares, míster Farrell —respondió sin jactancia alguna—. Como ve, el motivo de que me habla, en mi caso, es obvio.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que muy bien puedo ser yo la heredera de la totalidad de esa fortuna.

—¿Y en caso contrario?

Ahora sí logró sonreír.

—El motivo seguiría siendo el mismo. Voy a heredar, y me cabrán, si no todos, sí unos cuantos millones... y la pequeña fortuna que me dejó mi padre al morir, se tambalea. Busque algo por fútil que sea en mi contra y... y... Bueno, usted mismo tendrá todo lo que necesita para juzgarme y hacer que me condenen. Asesinato... Sí, quizá fuera así, asesinato en primer grado, y la silla eléctrica. Una buena propaganda en Wall Street para la familia Callender, ¿verdad?

No respondí a aquello y me puse en pie.

La imité, y por espacio de unos segundos ninguno de los dos pronunciamos palabra.

Hasta que finalmente lo hizo Paula.

—Si necesita una chica para que le enseñe el pueblo y un par de clubs nocturnos que hay en White Plains, puedo venir a buscarle sobre las ocho de la noche. Luego, si lo desea, podemos regresar a la cabaña de tía Alice.

—¿Y pasar la noche allí?

—Sí, claro. De ese modo, sorprenderemos a alguien. Pero... pero en habitaciones separadas, por supuesto.

—Por supuesto, *miss*

O'Connors

—dije, remedándola.

Se fue, sin volver la vista atrás, y quedé solo, con el pensamiento

puesto en el *marshall* de White Plains, en su desagradable actuación como policía, en las palabras, en la petición que me hiciera Paula, y en mi coche que acababa de llegar.

CAPÍTULO III

Sobre las tres de la madrugada dejé a Paula en la cabaña de *mistress* Callender, en contra de lo que ambos habíamos hablado, luego de recorrer unos cuantos bares y bailar en los dos clubs nocturnos que me indicara, y me fui al hotel, utilizando el coche de Paula, ya que no vi al mío, ni aun estacionado en el lugar en que lo dejé; frente al porche de mármol de la casona.

Detuve poco más tarde el «Mercury» de Paula frente a la puerta, descendí por la parte contraria a la acera, cerré la portezuela con llave, me la guardé en las profundidades del bolsillo del pantalón, rodeé el coche a la inversa y pisé la acera.

Di un paso, luego otro, y entonces oí pasos precipitados a mi espalda.

Me volví en redondo llevando ya la mano a la funda de la axila, pero no me dieron tiempo, pues el primero, a escasas yardas, cargaba contra mí llevando la cabeza baja, y apenas si tuve tiempo de apartarme a un lado y alargar la pierna.

Cayó rodando, estrellándose contra la pared, de cabeza, cubierta con una media de señora, como el otro, y giré.

No pude verle, algo me golpeó la boca del estómago y con una exclamación ahogada me arrugué, recibiendo en el acto un bestial puñetazo que me hizo levantar los pies del suelo y caer hacia atrás.

El enmascarado se me echó encima pero ballesté las piernas y le lancé contra el asfalto, tratando inmediatamente de ponerme en pie, pero no pude, porque el golpe del otro, del que derribara primero, me alcanzó en la nuca y estrellé el rostro contra las baldosas del suelo.

Rodé unos segundos antes de que el que había o hubo en la calzada, sobre el asfalto, me alcanzara en un costado con una patada que me hizo continuar rodando un poco más, boqueando ya, cuando el otro, siempre el otro, ya que aquí, como cosa lógica mis

ideas se embotaban, cargaba contra mí.

Ni siquiera me di cuenta de si me alcanzaba o no el golpe, sólo que algo pareció estallar en mi cerebro y todo se borró durante unos segundos de mi mente.

Algo quemaba mi garganta, tosí un poco, boqueé, respiré fuerte y por fin abrí los ojos; entonces la vi, inclinada sobre mí, las profundidades de su escote frente a mis ojos, pero no me di cuenta de nada, ni de la botella de *whisky* que tenía en la mano, ni de su pregunta que debió repetir varias veces antes de que pudiera responder.

—¿Qué le ha pasado? ¿Cómo se encuentra, míster Farrell?

Cerré los ojos, parpadeé un poco, y la misma pregunta repiqueteó como una campana en el interior de mi cerebro.

Entonces contesté, con voz que hasta mí mismo se me antojó extraña:

—Es... como si me hubiera visto de pronto bajo las cadenas de un tanque en Corea, pequeña. Y... ¿puede ayudarme?

—Sí, claro. Y... y tenga cuidado, tiene partida una ceja. ¿Les reconoció?

—¿Lleva las medias puestas, Esther? —pregunté a mi vez.

—Sí, claro. Pero ¡qué diablos...!

—Ellos llevaban una cada uno en la cabeza... y creí que quizá, si es que para usted soy un mal jefe... pudo prestárselas para que se las pusieran, ¿no?

—Es usted... es usted...

Se ahogaba, pero a pesar de eso noté su brazo en la cintura y traté de ponerme en pie.

Al segundo intento lo conseguíamos.

—Venga, apóyese en mí, míster Farrell, le llevaré hasta su habitación.

No hacía falta que lo dijera, porque ya lo estaba haciendo.

Entramos, y en el *hall*, pedí que me soltara.

Nos miramos entonces frente a frente, observándonos en silencio, con preguntas que formularnos, que Esther fue la primera en hacer, quizá por ser mujer:

—¿Puedo saber en qué lío se ha metido usted, míster Farrell? —preguntó.

No respondí a ninguna de sus preguntas hasta que nos

encontramos en la habitación que había alquilado en el hotel, sentado yo en una silla, y ella en el borde de la cama.

Minivestido, piernas largas, esbeltas, cintura estrecha, suaves las caderas, pechos altos y firmes, los hombros semidesnudos, el cuello de cisne, redonda la barbilla y la boca un tanto grande, sensual, incitante, bajo una nariz fina, clásica, y los ojos rasgados y grandes, pardos, oscuros, muy oscuros, casi negros.

—¿Lílos...? —inquirí—. En ninguno, por mi gusto.

—Lo supongo. ¿Y qué más?

Pensé rápidamente.

—Casi vi cometerse un asesinato, Esther —continué, en respuesta a su pregunta—. Y al parecer, a alguien no le gusta mi intromisión en esto.

Siguió un pequeño silencio que ella rompió:

—¿Por qué no llama a los de Homicidios? El teniente Foster. Peter es amigo suyo y vendrá, o mandará a investigar a uno de sus mejores sabuesos, ¿no?

—Voy a esperar un poco; dos días nada más. Cuarenta y ocho horas, querida, y pondré aquí a todo el departamento. Esos Callender... pesan unos cuarenta millones de dólares. Esther abrió los ojos con asombro.

—¿Tanto?

No pude ni quise contestar; la tenía sujeta por la cintura, me incliné sobre sus labios que se abrían bajo los míos, y en contados segundos el mundo y todo cuanto nos rodeaba desapareció para los dos.

Esther se marchó sobre las nueve de la mañana, luego de que me hubo explicado que disparó contra uno de mis dos agresores de la noche anterior, y que creía que había alcanzado a uno de ellos.

A las diez y media bajé al comedor del hotel, pedí el desayuno, y ella entró, con minifalda de bolsillo, y la misma blusa del día anterior, y un bolso de rafia en bandolera.

Tenía los muslos largos y perfectos, e iba sin medias, y sus zapatos eran ahora de alto tacón, finos y elegantes, en contraste con los que le vi en el cementerio.

Sonreía mientras se acercaba, y también aquella vez me puse en pie para recibirla.

—Si me invita a desayunar, tal vez le cuente algo.

—Si me da un beso, pequeña —me aventuré—, quizá, además del desayuno, le pida que coma conmigo, e incluso que cene después.

Se echó a reír, se dejó caer en la silla que le ofrecía, y repuso mirándome a los ojos.

—Usted, míster Farrell, ya perdió su oportunidad.

—¡Cuernos! ¿Por qué?

Sus ojos fueron los que rieron ahora.

—Creí que se quedaría en la casona conmigo, que iba a pedirme que pasáramos la noche juntos.

No respondí, hice una seña a la mesera y ambos permanecemos en silencio hasta que nos lo sirvió.

Pregunté yo:

—¿Qué era eso que tenía que decirme?

—Tengo visita.

Me alerté.

—¿Quiénes?

—Mis dos primos segundos. Phil y Fred Callender.

—¿Nadie más?

—No, por el momento, no; pero apostarí a que Muriel y Eve vienen a White Plains antes de la noche.

—¿Alguno más?

—No. Ni mucho menos. Con esas dos estamos todos.

Bebí un sorbo de café con leche y pregunté:

—No le son muy simpáticos, ¿verdad?

—No, así es. Y... Bueno, ¿cómo lo ha sabido?

—No lo sé. Creo... creo que es por el tono que emplea cuando les nombra. ¿Por qué, *miss*

O'Connors?

—El hombre que va a darme un beso dentro de poco, merece llamarme por mi nombre, ¿verdad?

Si Paula esperaba desconcertarme con aquello se equivocó de medio a medio.

—¿Dónde los dejó? —inquirí.

Vi el desconcierto en sus pupilas pero duró poco, unos segundos acaso.

—Dejé, ¿a quién?

—A sus primos.

—En la casona, míster Farrell —respondió—. Llegaron esta madrugada y... me despertaron. Hubiera sido gracioso que nos hubieran encontrado juntos en la misma habitación.

—¿Y ahora...?

—Vine a pedirle que me acompañara allí. Desean..., desean conocer a mi prometido.

—¿Qué...?

Casi salté del sillón y sus ojos se regocijaron.

—Les dije eso... y no les gustó. Usted, Jesse, es todo un personaje... y no gusta a nadie... que de un momento a otro puede ser incriminado. No, no les gustó.

—¿Por qué les dijo eso, Paula?

Sonrió.

—Creo... que nos odiamos cordialmente, los unos a los otros, Jesse..., y por tanto, no van a dejarle allí... a menos..., a menos que... sea del modo que les dije.

Me miró fijamente y añadió:

—¿Qué pasa con usted? ¿Cuál es su problema? ¿O es... que me tiene miedo?

—Tal vez sea eso —dije, sin faltar a la verdad—. Usted, Paula, significa un peligro para mí.

—¿Se ha parado a pensar que usted también puede significarlo en lo que a mí respecta?

—No, confieso que no lo he hecho aún.

—¿No...? Pues piénselo, antes de que nos quedemos los dos a solas, que ocurrirá —de pronto pareció reparar en la tira de esparadrapo que Esther había puesto sobre mi ceja derecha, y en un par de magulladuras que tenía en el rostro, ya que preguntó bruscamente—: ¿Dónde se metió usted después de dejarme, Jesse? ¿Le hizo eso a alguna rubia... o era pelirroja?

—Dos tipos con medias en la cabeza —respondí—. Tropezamos a la entrada de este hotel.

—Eso le está bien empleado por imbécil, querido —fue la consoladora respuesta que obtuve—. Si se hubiera quedado conmigo toda la noche, como había previsto yo..., yo... jamás le hubiera hecho eso.

CAPÍTULO IV

Me tuteó por primera vez cuando dimos vista a la casona, después de tomar la curva casi sobre dos ruedas, ella al volante de su «Mercury».

—Ahí la tienes, Jesse.

Era cierto, y también era cierto que me había mentido, porque los dos hombres que había bajo el porche, en la escalinata, eran los mismos que viera el día anterior en el cementerio.

Como si Paula adivinara mis pensamientos continuó:

—Les viste allí, amor, en... Cuando enterramos a tía Alice...

No respondí, porque ella estaba deteniendo el coche frente al porche.

—Vamos, Jesse —susurró—; tenemos que enfrentarnos con las fieras.

Descendí, rodeé el coche, abrí la portezuela y la ayudé a descender. Una vez lo hubo hecho, muy en su papel, Paula se me colgó del brazo.

—Hola, primos —saludó con una sonrisa que por contraste iba cargada de veneno—. Mi prometido, míster Jesse Farrell. Jesse, mis primos Phil y Fred Callender.

Di un paso, luego otro, extendí la mano, pero ninguno de los dos hermanos pareció reparar en mi gesto.

—Tanto gusto —dije, por no estar callado.

Tampoco me respondieron; fue, desde luego, Phil, el menor de los hermanos, el que enfrentándose a Paula, dijo:

—¿Piensas estar aquí mucho tiempo?

Ella le dedicó una sonrisa, subiendo ya los escalones hacia el porche.

—Bastante —respondió—. El mismo que vosotros.

—¿Y él...?

—Es mi prometido, y por tanto, hasta que no se abra el

testamento, como comprenderás, Phil, va a quedarse en mi compañía.

Fred Callender la interrumpió justo cuando ambos alcanzamos el porche.

—¿Esperas que creamos toda esa sarta de embustes? —preguntó.

—¿Qué embustes, Fred?

—Lo de ese..., ese prometido que te ha caído llovido del cielo. Es... Bueno, tú, lo mismo que yo, sabes quién es míster Farrell, ¿no? Ahora bien, lo que también sabemos, y tú no nos has dicho, es a lo que ha venido aquí.

—¿Sí?

—Por supuesto, Paula, por tanto, le vas a decir que se largue ahora mismo o de lo contrario...

—Y me iré con él —interrumpió ella.

—Correcto, ya te estás largando.

—Para regresar una o dos horas más tarde, querido primo —continuó Paula como si no le hubiera oído—. Entonces sabrás si puede o no permanecer aquí, conmigo, y en mi propio dormitorio.

—¡Paula!

—¿Qué, Fred...? ¿Acaso no hay un juez en White Plains, que mediante una licencia especial, nos pueda casar ahora mismo?

Sentí que el suelo vacilaba bajo mis pies, pero no dije nada. Sin saber por qué, continué esperando y escuchando. Phil intervino en aquel momento.

—Sea lo que fuere, Paula —dijo—, tanto si mientes como si no en tus relaciones con míster Farrell, el caso es que, mientras que no se demuestre lo contrario, estás en tu casa y míster..., míster Farrell, como invitado tuyo, creo que..., que a pesar de lo que dije, puede quedarse aquí todo el tiempo que..., que tú misma estimes por conveniente.

Se volvió dando la espalda y empezamos a andar hacia la puerta; no llegamos, porque enmarcados en el umbral, vi la figura joven, elegante, explosiva si se quiere, de una mujer.

Alta, fascinante, de cuerpo de diosa apenas cubierto por la minifalda y la blusa de manga corta; mejor dicho, sin mangas, dejando al descubierto los morenos y bien torneados brazos, que nos asaeteaba con sus verdes ojos, mientras que su pelo negro lanzaba destellos azules al sol del mediodía.

A su lado un personaje más; el *marshall* de White Plains.

Fruncí el ceño y continué callando.

Fue Paula la que, sin poder evitarlo, dio la nota discordante del día, cuando avanzó hacia él, con una sonrisa en los labios, tirando de mí, pues me había prendido de una mano.

—Hola, *marshall* —dijo—, bien venido a casa de mi pobre tía. Éste es... mister Jesse Farrell, al que usted conoce; mi prometido.

Luck Warren, *marshall* de White Plains, respingó sobre sus pies, hizo una mueca, pareció tragarse algo amargo, pero a pesar de que sabía que Paula estaba mintiendo, no dijo nada en contra.

Se limitó a responder con la voz ronca:

—Sí, ya le conozco —miró a los dos hermanos y añadió—: ¿Falta alguien más, *miss* O'Connors?

Paula clavó los ojos en la muchacha que no le quitaba la vista de encima, y respondió:

—Ésta es Muriel Morris Callender, prima segunda mía, e hija de una hermana de tía Alice. Ahora falta Eve Callender... sin que este apellido quiera decir que sea hermana de esos dos... primos míos. De Fred y de Phil, *marshall*.

—Su otra prima, *miss*

O'Connors,

se encuentra dentro.

—¡Ah!, ¿sí? Y usted, ¿puedo saber a qué ha venido?

—Quiero hacer unas cuantas preguntas, pero le ruego que le pida a su prometido que espere fuera.

Por primera vez intervine en aquella conversación:

—Creo, Paula, que debes hacer lo que te pide. Después de todo —dije—, aquí no soy más que un simple particular, un curioso si quieres, que no tiene, aunque sea por el momento, más atribuciones que las de mirón; o sea, ninguna. Vamos, muchacha, entra con ellos y buena suerte.

Me miró con los ojos muy abiertos, durante unos cuantos segundos, y luego, dando una media vuelta, enfrentó al *marshall*.

—Cuando quiera podemos entrar.

No miró a nadie cuando cruzó el umbral en dirección a la casa, llevándoles detrás.

Encendí un cigarrillo y tomé asiento en uno de los escalones de

mármol, a la espera de los acontecimientos. La conferencia duró bastante; estaba pensando en tomar el coche de Paula e ir con él hasta el bar donde conocí a la pelirroja, por si tenía algo más que decirme, cuando Warren apareció en el hueco de la puerta.

No me moví del escalón, ni aun cuando se me acercó.

—Quiero hablar con usted, míster Farrell —dijo.

—¿Aquí?

—Detrás de la casa tengo el coche, ¿viene?

Por unos segundos tuve a flor de labios una respuesta casi violenta, pero en el último segundo me abstuve.

—Correcto, *marshall* —dije—, nos iremos, pero antes quiero despedirme de Paula.

No tuvo nada que oponer, y me encaminé hacia la puerta, pero no llegué a entrar. Ella, con el semblante serio, me enfrentaba desde aquel lugar.

—Te marchas, ¿no?

—Por el momento, sí.

—¿Cuándo volverás? —fue lo que dijo.

—Esta noche, si te parece.

—Te estaré esperando.

Eso fue todo; sin mirar a Warren dio media vuelta y desapareció en el interior de la cabaña.

Cuando me volví a mirar al representante de la ley, éste estaba empezando a andar, con ánimo bien evidente de rodear la casona.

Le seguí, alcanzándole junto al coche-patrulla, cuya portezuela abrió, cediéndome el paso después.

Subí, él se colocó frente al volante y arrancó.

E inquirió apenas si las ruedas del automóvil pisaron el asfalto de la carretera, en su camino hacia White Plains:

—¿Qué juego es el que se trae *miss*

O'Connors,

míster Warren?

—¿El qué? ¿El que nos vamos a casar?

—Sí, así es.

Eso, Warren —respondí secamente—, es algo que sólo nos concierne a Paula y a mí.

¿Algo más?

—Podría preguntarle quién diablos le partió a usted la ceja.

¿Cómo fue?

Pensé en muchas cosas al mismo tiempo antes de decir:

—Tuve anoche un tropezón.

—¿Sí...?

—A alguien no le gusta mi presencia aquí.

—Es lógico. Esto es cosa nuestra y no de los de Nueva York.

Y había desprecio en su voz.

—¿Y qué más...? —dije.

—¿Quién lo hizo? ¿Lo sabe usted, míster Farrell?

—Hasta ahora creí que fueron esos dos gorilas que tiene a su servicio.

—¡Qué cuernos...!

—Escuche, *marshall* —corté fríamente—. Ellos, delante de usted, me golpearon. Basta un informe a Nueva York, para que ellos a su vez lo envíen a Washington, y esa estrella que lleva en el pecho se convierta en humo. Una nueva molestia, un nuevo mal trato, sea el que sea, a un borracho por ejemplo, y me tendrán encima, tenga o no tenga atribuciones legales en White Plains. No se le olvide.

—¿Ha terminado ya, míster Farrell?

—Sí, así es.

—¿A quién trata de asustar, pues? ¿A mí...?

—No, ni mucho menos. Es... establecer un hecho. Y escuche esto, para que se lo advierta a sus hombres. Si alguien, de ahora en adelante, me ataca en el pueblo, dispararé a matar. Cuando salga por la noche, si es que alguna vez deseo hacerlo, llevaré la automática en la mano... y tengo permiso especial para usarla en todo el territorio de Estados Unidos.

—Eso es una amenaza contra la ley... que usted mismo representa.

—Si lo cree así, Warren, no tiene nada más que enviar un informe a Washington... o mandar a que me pongan nuevamente las manos encima.

Siguió un silencio tenso en el interior del automóvil que no se rompió hasta que vimos las primeras casas de White Plains, y lo hizo Warren.

—Antes, míster Farrell, usted dijo: «Hasta ahora creí que fueron esos dos gorilas que tiene a su servicio». ¿Por qué hasta ahora?

—Porque también pudieron hacerlo esos dos primos de mi

prometida, *marshall*.

Estaban en el cementerio cuando enterraron a *mistress* Callender.

Estábamos llegando al precinto de policía, donde Warren detuvo el coche.

Me miró.

—¿Entra conmigo? —preguntó.

—¿Va a someterme a un interrogatorio?

Fue la primera vez que le vi sonreír, pero su sonrisa pecó de dura.

—Podría hacerlo, pero no quiero. Es... Bueno, quiero que charlemos amigablemente durante unos minutos, olvidando a esos gorilas de mi plantilla. ¿Vamos?

La pelirroja estaba en la barra cuando entré, sirviendo a uno de los clientes. Tras lanzar una mirada a mi alrededor, caminé por entre las mesas, pocas, ya que el local era estrecho, y fui a acomodarme en el extremo más alejado del mostrador.

CAPÍTULO V

Medio minuto más tarde la tenía frente a mí, trayéndome un vaso de *whisky* en una bandeja, con sus grandes y bellos ojos fijos en los míos, diciendo:

—Su *whisky*.

—Gracias.

Hubo una pausa, un ligero silencio, y ella añadió:

—¿Dónde estará usted esta noche, míster Farrell?

Pensaba en Paula cuando dije:

—Indudablemente, en mi hotel.

—Págume ahora, ¿quiere? En un billete que tenga que cambiar.

Saqué del bolsillo uno de diez dólares y se lo di, mientras añadía rápidamente:

—Hay una puerta trasera en este local, míster Farrell. A la una de la madrugada salgo de mi trabajo. Venga a buscarme... si quiere. Suelo salir todas las noches por allí.

Me encogí de hombros, bebí un poco, luego empecé a guardar el cambio en el bolsillo, cuando le vi enmarcado en la puerta, con la funda al costado, a la cintura, la tapa del revólver de reglamento abrochada, la estrella sobre su camisa y la cabeza descubierta. Vi asimismo cómo después de lanzar una mirada a su alrededor, después también de mirar a la pelirroja, me miraba a mí, y se me acercaba.

—Me dijeron que alguien le golpeó anoche a usted, míster Farrell —dijo sin preámbulo alguno—. ¿Sabe quién lo hizo?

—Un par de tipos que le pidieron prestadas las medias a sus amigas..., para luego ponérselas ellos en la cabeza.

—¿Quiere decir que iban enmascarados, que no les reconoció?

Tomé el vaso y bebí un largo trago. Al terminar, repuse:

—Escuche, Joe, esto es algo que a la policía de White Plains no le importa ni poco ni mucho, ¿comprende?

—¡Ah! ¿No? ¿Por qué?

—No hay denuncia. Esto que llevo encima de la ceja me lo hizo el zapato de una chica...

—Se cree muy gracioso, ¿verdad?

—Escuche, Joe, si lo que busca es un altercado, no voy a pelear, ¿comprende? No a menos que tenga las suficientes agallas para presentarse frente a mí sin esa placa y de paisano. Y quíteme las manos de encima, ¿quiere?

El silencio en el interior del bar era espeso.

Me las sacudí de encima, añadiendo:

—Pudo ser usted mismo, polizonte, ¿comprende? No es la primera vez que ocurriría de ser...

No me dejó terminar, disparó su puño y a duras penas logré esquivarle; a continuación, hundí el mío en su estómago, soltó una ahogada exclamación, se arrugó hacia adelante y sin darle respiro le pegué en la barbilla con el otro.

Joe dio un par de pasos hacia atrás, boqueando, tropezó con una silla y se vino al suelo sobre la mesa que había detrás de la silla, que se hizo astillas.

Le miré, estaba respirando fuertemente, con las venas del cuello y frente hinchadas, inmóvil por lo demás, boca arriba, con la mano derecha muy cerca de la funda donde guardaba el revólver.

Repentinamente la movió.

Dejó que desabrochara la funda, que tomara el arma e incluso que la sacara y entonces le apunté con la «Mauser».

—Siga por ese camino, sabueso —dije—, y le pego contra el suelo. Vamos, suelte eso. Lo hizo, como si quemara.

—Póngase en pie.

Obedeció también en silencio, pero dio el estallido tan pronto como lo hubo hecho, mientras que los clientes del bar se pegaban a las paredes abriendo hueco hacia la puerta.

—¡Eso lo coloca definitivamente en frente de la ley, y usted lo sabe, hijo de perra!

No hice caso y añadí:

—Vamos, retroceda unos pasos. Pronto.

Se apartó, sin dejar de mirarle, con brillo homicida en sus ojos, y sin perder a nadie de vista me acerqué adonde estaba su revólver y del mismo modo lo recogí, guardándomelo entre la camisa y el

pantalón.

—Y ahora, Joe, será mejor que se quede aquí durante un par de minutos o le meteré un balazo donde le duela de verdad.

En la barra, la asustada pelirroja tenía las manos sobre los pechos y los ojos fijos en la destrozada mesa. Empecé a retroceder.

Joe no se movía, no decía nada tampoco; los clientes del bar seguían igualmente inmóviles. Alcancé la puerta yendo de espaldas, y me detuve bajo el marco de la puerta.

—Tenga cuidado ahora, polizone —dije—, pues voy a salir.

La noche estaba cayendo a mi alrededor.

Andando ahora di un rodeo, y en contados minutos me vi frente a la puerta del precinto de policía.

No había visto nunca el uniformado polizone que había a la entrada, por lo que me acerqué, preguntando:

—¿Está Warren?

—Sí, ¿para qué lo quiere?

—Dígale que Farrell, de Nueva York, quiere verle.

—Pase, usted ya sabe el camino.

Lo que quería decir que allí, en White Plains, toda la policía sabía quién era yo. Entré, crucé una puerta, luego un pasillo, y por segunda vez en pocas horas y aquel mismo día, me vi frente al enjuto rostro del *marshall*, que no pudo disimular una mueca de desagrado cuando me vio.

De los dos, fue él quien preguntó:

—¿Ocurre algo, míster Farrell?

No respondí de momento.

Antes me acerqué a la mesa, tomé el arma de Joe y la deposité frente a sus ojos, delante de sus narices.

—No mande a otro de sus policías en mi busca, para que busque bronca, o le mataré, *marshall*. Lo haré aunque tenga que pasarme el resto de mi vida a la sombra. Si no le gusta mi presencia en White Plains, quédese al gobernador de Nueva York, y no me provoque más.

—¿Ha terminado ya?

Maldije entre dientes.

—Quizá no, Warren —respondí—. Diga a sus hombres que...

—Eso lo ha dicho ya, míster Farrell —cortó sin descomponerse—. Ahora, si se siente más tranquilo, le sugiero que se siente y me

cuenta lo ocurrido.

Vacilé, y mientras vacilaba, Warren sacó un paquete de cigarrillos y los tiró sobre la mesa, en mi dirección.

Aquello me decidió; la actuación del representante de la ley no me gustaba, y aquel simple gesto de bienvenida alertaba mis sentidos.

Me senté frente a él, saqué un cigarrillo del paquete, se lo devolví, le prendí fuego y él preguntó:

—Vamos, míster Farrell, ¿qué fue lo que ocurrió?

Se lo expliqué, sin saltarme una sola coma, y esperé.

Fue una pregunta:

—Y usted cree que fui yo el que le envió en su contra, ¿no?

—Lo que yo crea o deje de creer en este caso, *sheriff*, no importa; es el asesinato en sí. Ahora bien, si veo a un policía merodeando a mi alrededor, voy a acarrearle problemas. Déjeme en paz, ¿comprende?

—Hablaré con Joe —miró el arma y preguntó—. Se la quitó, ¿verdad?

—Había unos cuantos testigos, pero no creo que nadie desee complicaciones, Warren.

—Aun así, tengo que hacerlo. ¡Ah!, no se mueva de White Plains sin que yo lo sepa, ¿comprende? La agresión contra un policía está...

—¿Quiere irse al cuerno?, *marshall* —le interrumpí, poniéndome en pie.

No trató de impedirlo, tampoco hizo gesto alguno ni pronunció palabra cuando volviéndole la espalda me encaminé hacia la puerta.

Y mucho menos cuando la abrí, pero yo sí me volví a mirarle.

—Envié un telegrama a la ciudad, Warren —dije.

—¿Y...?

—Vendrán los de Homicidios, por lo que si no me matan antes de mañana, las cosas se le van a complicar —mentí con todo cinismo.

Tampoco respondió, por lo que girando a la inversa crucé el umbral y luego alcancé la calle.

Dos citas para aquella noche, y las dos interesantes.

Consulté el reloj.

Las nueve.

Dentro de un cuarto de hora la cena estaría lista en el hotel, por lo que sin dudarlo encaminé mis pasos hacia allí.

Entré en el comedor, yendo directamente a aquel lugar... y la vi, sentada en la misma mesa que la noche anterior me sentara yo, cara a la puerta, y sonriendo tan pronto como me vio aparecer.

—Hola, prometido —saludó tan pronto como estuve a su lado—. ¿Cuándo es la boda? Y... y... ¿cómo va la crisma?

—¿Puedo saber qué haces aquí?

—Esperarte.

—Eso ya lo he supuesto. ¿Por qué?

—Podría decirte que vine a pedirte el beso que me debes, pero no quiero que me llames estúpida por segunda vez en contados minutos, por tanto, te diré que no estaba segura de que regresaras a la cabaña.

—¿Y...?

—Vine a por ti.

—¿Por qué? —pregunté.

—No me gusta encontrarme por la noche rodeada de víboras, Jesse.

—¡Ah! ¿No?

—Yo... quizá sea la peor, pero ellos son cuatro en mi contra, y tengo miedo. No olvides que mañana se abre el testamento y... según como esté redactado, puede ocurrir..., puede ocurrir otra vez.

—¿Quieres decir que temes que atenten contra tu vida como atentaron contra la de *mistress* Callender?

—Sí, así es. ¿Vas a venir?

Pensé en la pelirroja y respondí:

—Iré, desde luego, pero mucho más tarde.

—¡Jesse!

—Mucho más tarde, Paula —repetí—. Tengo una cita a la una de la madrugada que puede ser importante.

—Pero no es seguro, ¿verdad?

—No, no lo es.

—Ven conmigo, Jess...

CAPÍTULO VI

Nos encontrábamos frente a dos tazas de café, después de la cena, cuando Paula preguntó:

—Dijiste que tenías una cita para la una de la madrugada, ¿verdad?

—Sí, así es —respondí.

Lentamente le expliqué lo ocurrido con Joe y terminé:

—Sé buena muchacha y regresa con tu familia.

—No voy a hacer nada de eso, Jesse.

—¿No...?

—No —retrucó—. Voy a quedarme aquí, en el hotel.

Recordando a Esther, respondí:

—Quizá no haya habitaciones libres.

—No voy a necesitarla. Vamos, querido, dame la llave.

—¿Qué llave?

—La de tu dormitorio. Me quedaré allí.

—Suponte que regreso antes de mañana. ¿Qué ocurrirá entonces...?

—Nadie va a discutirte el derecho. ¿Me la das?

Mirándola a los ojos, batallando mi mente en enconada batalla conmigo mismo, hice lo que me pedía sin pronunciar otra palabra más.

—Gracias. Y ahora, tú, ¿qué vas a hacer?

—Salir a dar una vuelta hasta la hora de la cita. La policía no se ha presentado, pero puede hacerlo... Y si es así, habrá dificultades.

—No te fíes de ellos, ¿verdad?

—No. ¿Qué tal persona es el *marshall*?

—En realidad, no lo sé. Yo... vengo de tarde en tarde y... tengo poco trato con ellos.

Alguna que otra multa a causa del coche y nada más.

Hice otra pregunta, cambiando radicalmente de conversación.

—¿Sabes dónde hay un surtidor de gasolina, Paula?

Me miró con los ojos muy abiertos.

—¡Claro que sí, Jesse! En la carretera, a menos de una milla de White Plains, yendo hacia Nueva York. ¿Tanta falta te hace? Si es así, puedes tomar la que quieras de mi coche. Lleva el depósito lleno y un bidón de repuesto en el maletero.

—No es eso, muchacha.

—¿No...?

—No... Quiero hablar con el encargado. La noche que mataron a tu tía, a *mistress* Callender, alguien tuvo que llamar a la policía desde un lugar cualquiera, y voy a tratar de investigarlo antes que se presenten los de Homicidios de Nueva York.

Eran las doce y cincuenta y tres minutos cuando lo detuve en la trasera del bar, con todas las luces apagadas, en la estrecha y maloliente calleja, entre latas y varios cubos de basura, después de haber pasado más de dos horas y media en el interior de uno de los dos clubs que Paula me indicara la primera noche que nos conocimos.

Y esperé.

La pelirroja salió a la una y cinco minutos, y no miró a parte alguna. Simplemente empezó a andar, en sentido contrario adonde yo tenía el coche, y la dejé que se alejara un trecho, luego lo puse en marcha y la seguí llevando asimismo las luces apagadas. Incluso la de los faros.

Al llegar a su altura aminoré la marcha mientras ella pegaba la espalda a la pared, debido a la estrechura, como ya he dicho, de la calleja, la sobrepasé un poco, detuve el «Mercedes» y abrí la portezuela.

No tuve que invitarla a subir, la pelirroja lo hizo, cerró y dijo:

—Vámonos, por favor.

Di gas, alcanzamos la calle principal, y allí pregunté:

—¿Dónde quiere que la lleve?

—Por ahí, a dar una vuelta, míster Farrell. Por el camino podemos hablar.

Busqué la salida y tomé el camino contrario a Nueva York.

—Y bien, pequeña.

—Me llamo Mary Jo, míster Farrell —respondió—. Mary Jo Stivens, de Nueva York.

Llámeme Mary Jo.

—De acuerdo, Mary Jo —dije—. ¿Qué ocurre?

—Vi a esos dos hombres... la noche que mataron a *mistress* Callender.

Sin poderlo evitar, un estremecimiento sacudió mi cuerpo.

—¿Dos hombres? —pregunté.

—Míster Fred y míster Phil Callender. Los sobrinos de *mistress*...

—¿Dónde? —la interrumpí.

—En el bar. Estuvieron tomando allí... y hablando.

—¿De qué?

—No pude..., no pude entenderlo todo..., pero era de un testamento, ¿entiende? De un testamento y del crimen. Al parecer, uno de los dos llevaba tres días sin aparecer por su casa.

—¿Viven aquí?

—No. En Nueva York. En un apartamento de Wall Street.

—¿Quién de los dos faltó? ¿Lo sabe usted, Mary Jo? Es importante.

—No pude averiguarlo, y lo siento, míster Farrell. Le..., le estoy sirviendo de poca ayuda, ¿verdad?

Forcé una sonrisa.

—En eso se equivoca, muchacha —repliqué—, ya que no es así, ni mucho menos. ¿Algo más?

Ahora sí vaciló bastante, tanto que ya dudaba de que dijera algo más cuando lo hizo, sorprendiéndome de nuevo.

—Volví a verles ayer.

—¿Cuándo?

—Después de que usted se fue, míster Farrell.

Recordando que les dejé en la cabaña, en la vieja casona, no respondí. Sencillamente me limité a formular una nueva pregunta que al parecer nada tenía que ver con lo que estábamos hablando.

—¿Qué ocurrió con ese policía, Mary Jo?

—Se fue.

—Lo supongo. ¿Algo más?

—No pronunció una sola palabra, luego de que usted se hubo ido, si es eso lo que quiere saber. Se limitó a acercarse a la barra, pedirme un *whisky*, se lo bebió lentamente, luego pagó, y salió a la calle sin haber pronunciado una sola palabra. ¿Por qué?

No lo sabía, y así se lo indiqué, y acto seguido formulé una

nueva pregunta, exactamente la misma que no hacía mucho le había hecho a Paula

O'Connors.

—¿Cuántos surtidores de gasolina hay por aquí, Mary Jo?

Sus ojos fueron instintivamente al indicador de gasolina del «Mercedes».

—Tiene el depósito lleno —indicó.

—Sí, ya lo sé. ¿Cuántos?

Mary Jo tardó unos cuantos segundos en contestar, posiblemente preguntándose in mente adónde quería ir yo a parar.

—Uno solo —respondió por fin—, a nuestra espalda. A menos de media milla... o tal vez más, en dirección a Nueva York. ¿Ocurre algo con Bill, míster Farrell?

—¿Quién es Bill?

—El dueño de ese surtidor y buen amigo mío.

—¿Mucho?

Sus ojos rieron.

—Nada más amigo, míster Farrell. ¿Es que ocurre...?

—Nada —la interrumpí—, salvo que cuando mataron a *mistress* Callender, alguien, poco después, llamó a la policía diciendo que en la casona estaba ocurriendo algo... o que había ocurrido ya, con lo que se presentaron casi al instante. Pudo ser desde allí y pudo ser, también, desde otro teléfono cualquiera, pero en el tiempo que llevo en White Plains no vi una sola cabina pública.

—No las hay...

—En ese caso...

Me sonrió, lo vi perfectamente por el espejo retrovisor.

—Iremos allí. Como le dije, Bill es amigo mío. El... si se lo pido, hará un esfuerzo por recordar, aunque por esa carretera pasan muchos coches.

—Pero pocos pedirían, en vez de gasolina, usar el teléfono.

Siguió un silencio que duró lo que tardé en maniobrar para dar media vuelta y emprender el camino de Nueva York, dando un rodeo para evitar pasar por el centro de White Plains.

—Es allí —dijo, señalando por la ventanilla la gasolinera.

Conduje reduciendo velocidad, y lo detuve junto a una de las mangueras. Toqué el claxon, pero nadie salió de allí, nadie tampoco contestó a la llamada por lo que volví a tocar.

Cuando lo hice, Mary Jo estaba descendiendo del «Mercedes».

—Espéreme aquí, míster Farrell —dijo—. Bill puede haber salido a cualquier parte, o bien estar en la ducha o en el lavabo. Voy a ver.

No contesté y empezó a alejarse.

Tan pronto como la perdí de vista en el interior de la casa, descendí a mi vez.

Las luces procedentes de allí alumbraban los alrededores y sobre mi cabeza la plateada luz de la luna llena también.

Me acerqué paso a paso, siguiendo con la vista el cable telefónico, que entraba por una de las ventanas.

Fue todo lo que pude hacer por el momento, ya que en aquel preciso instante la oí gritar.

Fue un grito alucinante, aterrador, que me hizo dar un salto, y a continuación corrí hacia allí con la «Mauser» en la mano, cuando ya el grito se extinguía en la garganta de la pelirroja.

Subí dos escalones casi sin darme cuenta, miré en la primera habitación, luego en la segunda, y allí estaba, recostada contra la puerta, con los ojos abiertos hasta lo indecible y el rostro desencajado.

En el suelo, casi junto a sus pies, caído de lado, con un balazo en la sien derecha, había un hombre rubio, y joven, en cuyo rostro también se reflejaba el estupor, la sorpresa que le producía lo que indudablemente vio unos segundos antes de morir, más que el miedo o terror, nada de aquellos dos sentimientos expresaba su rostro.

Me acerqué más, enfundando, y entonces Mary Jo se volvió a mirarme.

—¡Oh! Es..., es horrible...

Y cayó entre mis brazos.

—¡Sáqueme de aquí! ¡Sáqueme de aquí, por favor! —pidió.

La prendí de la cintura y la llevé fuera.

—Vámonos. Lléveme lejos, por favor, míster Farrell.

Asustada, aterrorizada, a punto de sufrir un ataque de nervios, hice lo que cualquier otro hubiera hecho en mi lugar; continué en silencio, empujándola hacia el «Mercedes», y ambos subimos.

Arranqué, di media vuelta y yendo ya hacia White Plains pregunté:

—¿Dónde quiere que la deje, Mary Jo?

Se estremeció, pero a pesar de eso, pude apreciar que se estaba tranquilizando y que poco a poco volvía el color a sus mejillas.

—En mi casa —dijo—. Ya le indicaré dónde.

No respondí y continué en silencio, aunque fue por poco tiempo.

—¿Qué piensa hacer después de esto, míster Farrell?

—Tendré que avisar a la policía —dije.

—¡No! Por favor, no lo haga.

—¿Por qué?

—Estoy asustada; tengo miedo, ¿comprende? Alguien... pudo ver que yo..., que yo... hablaba con usted y... y...

—Nada va a ocurrirle, Mary Jo. El asesino no quiere nada con usted... Sólo le interesaba una cosa, y la hizo esta noche. Silenciar la boca de ese muchacho, ante el temor de ser reconocido.

Me miró, vi sus ojos por el mismo sistema, fijos en el perfil de mi rostro, y la leve sonrisa que entreabría sus labios carnosos, rojos y sensuales.

No respondió, pero sí dijo, poco más tarde, dando vista al pueblo:

—Dé un rodeo, míster Farrell, ya le indicaré por dónde tenemos que entrar.

Conduje siguiendo sus instrucciones, y poco más tarde detuve el «Mercedes» en la puerta posterior de su casa.

—Vamos, entre conmigo.

Estaba serena, pero no por eso dejaba de estar, asimismo, asustada, por lo que la seguí al interior, viendo cómo cerraba con doble vuelta de llave a nuestra espalda, y de allí al *living*.

—Siéntese, míster Farrell.

No lo hice.

—¿Un *whisky*?

Consulté el reloj.

Las dos y treinta de la madrugada.

—No, gracias, Mary Jo —dije—. Mi misión ha terminado por esta noche.

Agrandó los ojos.

—Tengo que marcharme ahora. —¿Qué..., qué quiere decir...?

—Tengo que marcharme ahora.

—¡No!

Fue casi un grito, y al instante la tuve a mi lado, con las manos

sobre mis hombros y los dedos crispados en los hombros de la americana.

—¡Quédese conmigo, por favor! Tengo miedo y no quiero quedarme sola. ¡Quédese! Vamos, ¿a qué espera?

Y ella misma tomó la iniciativa aplastando sus labios contra los míos, y la abarqué por la cintura correspondiendo a su caricia.

CAPÍTULO VII

Media hora más tarde pregunté:

—¿Te gusta el trabajo que estás haciendo en el bar?

Se despezó, hizo una mueca y me mostró la mano izquierda. Fue entonces cuando por primera vez reparé en el anillo.

—¿Qué significa...?

Se echó a reír.

—Enviudé hace dos años, Jesse, ¿entiendes?, y me quedé muy sola. Las cosas se complicaron bastante, y los empleos en Nueva York no están a la orden del día, si no se tropieza con un tipo como tú... que... que la empuje a una... sin que después pida algo a cambio.

—¿Como ahora?

—No pediste nada, Jesse, ni ofreciste tampoco, con lo que la cosa cambia, ¿no?

—¿Y qué más? —inquirí.

—Vi el anuncio en el *New York Post*, y vine a White Plains. Tuve suerte, y el empleo fue mío..., pero no es muy edificante. No para una mujer como yo. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

—En ese caso, ya sabes la respuesta a tu primera pregunta.

Fui a responder, entonces llamaron a la puerta.

Nos miramos los dos en tanto que los golpes se sucedían.

—¿Esperabas visita, muchacha? —pregunté en tono suave.

—¡Jesse! ¿Quién diablos...?

—¿Por qué no abres?

Mary Jo saltó del lecho al suelo, se cubrió con el salto de cama y abandonó el dormitorio. Pero cuando lo hizo, yo también me encontraba en pie, yendo hacia la puerta cuyo umbral no crucé.

Simplemente me limité a escuchar.

—¿Quién es? —la oí preguntar, quizá con tono excesivamente

elevado de voz, para que yo pudiera oírla.

—La policía. Vamos, Mary Jo, abra esa puerta.

—Un momento, ahora mismo voy.

Me vestí apresuradamente mientras que a mis oídos llegaba de nuevo la voz de Joe:

—Abra, ¿quiere? O entramos a la fuerza.

Mary Jo no respondió, se limitó a descorrer el cerrojo y a franquear el paso.

El *marshall* Warren venía con él. No le vi, pero oí su voz.

—¿Dónde está? Vamos, responde.

—Dónde está, ¿quién?

La violenta maldición de Joe la hizo enrojecer.

—Míster Farrell. Lo estamos buscando.

—¿Y cómo diablos quiere que lo sepa, *marshall*? ¿Acaso es mi amante o mi prometido para...?

Joe la interrumpió violentamente.

—Vístase, muchacha.

—¿Qué...?

—Que termine de vestirse, nos vamos.

—¿Adónde?

—Al precinto de policía —repuso Warren, mediando en la conversación—. Queremos saber varias cosas.

—¿Y son...?

—Por ejemplo, de qué hablaron los dos.

—¿Qué dos?

—Un par de veces, que yo sepa —interrumpió Warren—. Usted y ese Farrell, que yo sepa. En el bar donde trabaja.

—Dos, que vino a beber. Todo White Plains lo sabe... y todo White Plains, también, bebe en ese u otro bar, ¿no?

—Vamos —interrumpió el *marshall*—. Vístase o nos la llevamos así.

—Eso es un abuso de...

—¿Viene?

Fue justo aquel momento el que escogí para entrar en escena.

—Creo, *marshall* —dije desde la puerta—, que se le olvidó lo principal, advertirle a *miss* Stivens cuáles son sus derechos en este momento ante la ley; advertirle que todo cuanto diga en este momento puede ser usado en contra suya en...

La violenta maldición de Joe Merrick me interrumpió, en tanto que los ojos de Warren, duros, despiadados, nos miraban alternativamente.

—¿Desde..., desde cuándo está aquí, míster Farrell?

Respondí con otra pregunta:

—Antes, *marshall*, si ha lugar, formule la acusación, y ambos, juntos o por separado, contestaremos a eso.

Tragó saliva, lo vi perfectamente en tanto que, retrocediendo sin pronunciar palabra, Mary Jo entraba en el dormitorio.

—Vamos, Warren —añadí una vez que se hubo ido—. ¿Qué es lo que ocurre ahora?

Vaciló una vez más. Merrick maldijo sordamente y por fin respondió, a mi pregunta, con una respuesta que ya sabía de antemano.

—Alguien denunció por teléfono el hecho de que estaba ocurriendo algo en la gasolinera de Bill... y fuimos. Lo asesinaron.

—¿Y vino a buscarnos a nosotros? Vamos, *marshall*, ¿por qué?

Desvió los ojos de los míos y los clavó en la cerrada puerta del dormitorio de Mary Jo.

—Esa muchacha... Bueno, muchos coinciden en que la vieron hablar un par o tres de veces con usted, míster Farrell.

—Ella salió, como debe saber, sobre la una y cinco minutos de la madrugada... Sobre la una y diez a la una y cuarto llegamos aquí.

Aún le vi dudar, y me pregunté por qué, contestación que no pude darme, por supuesto, y de un modo repentino dio media vuelta y haciendo una seña a Joe Merrick abandonó la casa.

Al volverme, con un ligero grito, Mary Jo me cayó en los brazos.

Eran las nueve y treinta de la mañana, cuando dejé el «Mercedes» en el garaje del hotel, después de acompañar a Mary Jo al bar donde trabajaba, y miré.

El «Mercury» de Paula

O'Connors

no estaba allí. Encogí los hombros, di media vuelta y entrando por la puerta principal fui al comedor donde pedí el desayuno.

Una de las meseras, mientras me servía, apuntó:

—En el *comptoir* tiene su llave, míster Farrell.

—¿Sí...? ¿Y quién la dejó allí?

—Esa muchacha; *miss* Paula
O'Connors.

—¿Alguna otra cosa?
Me dedicó una sonrisa.

—No, nada.

Di las gracias y empecé a desayunar.

Al terminar, deseando darme una ducha, subí a mi habitación.

En el dormitorio, prendida en la almohada con un alfiler, vi una nota que tomé y leí.

Paula, como sospechaba, cansada de esperar, se había ido a la vieja casona.

No me lo merecía, según ella, pero me esperaba allí.

Me duché con perfecta calma, cambié de ropa con parsimonia porque por el momento no podía hacer nada, y lo mismo daba ir a la casona en aquel mismo momento, que un par de horas más tarde.

Por fin emprendí el camino, detrás del volante del «Mercedes».

Abrí la portezuela, hice ademán de descender, y en aquel instante, casi enfrente a mis ojos, unas pulgadas por encima de mi cabeza, de donde estaba situada en aquel momento, se astilló el cristal, dejando al descubierto el paso de la bala y la estrella que quedó impresa, imborrable, allí.

Me lancé de cabeza al suelo, oyendo el impacto de la siguiente bala contra la puerta del «Mercedes».

Rodé con la «Mauser» en la mano hacia uno de los lados, tratando de rodear el coche para ponerme a cubierto, tratando también, al mismo tiempo, de ver el lugar desde donde me disparaban, y lo conseguí a medias; una simple voluta de humo, sin estampido alguno, y un nuevo proyectil estrellándose contra la carrocería del «Mercedes».

Luego lo antepuse entre el agresor y yo, y ya no hubo más disparos.

Sólo el silencio que no se rompía, que no se rompió hasta un par de minutos más tarde, cuando la puerta se abrió enmarcando en el umbral las figuras de Eve, Paula, Fred y Muriel.

Su hermano, el hermano de Fred, no se encontraba allí.

Fue aquello de lo que primero me di cuenta, y de algo más, de que las figuras de los cuatro estaban tensas, los rostros contraídos, y los ojos yendo del «Mercedes» a mí.

Paula fue la que rompió el silencio.

—Jesse, amor —se me acercó—, ¿qué fue eso? ¿Quién disparó contra ti? ¿Te..., te han herido?

Fue en aquel momento cuando la besé por primera vez, y allí, frente a los otros tres, permanecimos estrechamente abrazados, hasta que la risa sarcástica de Fred Callender nos separó violentamente:

—Una preciosa escena de amor, prima —dijo fríamente—. ¿A quién tratas de engañar?

Fui a responder, pero en aquel momento intervino Eve:

—No haga caso a ninguno de nosotros, míster Farrell, ¿comprende? —vino hacia mí y con perfecta desfachatez se colgó de mi brazo y tiró de mí, añadiendo—: Venga conmigo y le daré algo de beber. Espero que con un par de *whiskys* se le pase el susto que uno de nosotros le hemos dado.

Seguí su juego, yendo con ella, seguido por todos los demás.

Eve, la más joven del grupo, casi una chiquilla. Una blusa, la deliciosa curva de los pequeños pechos, estrecha la cintura y las piernas cubiertas por el pantalón vaquero que me recordó a Paula la primera vez que la vi, y su pelo pelirrojo que me recordaba asimismo a Mary Jo Stivens, la deliciosa muñeca, empleada en un oscuro y pestilente bar.

Dejé, pues, mientras pensaba, que Eve me condujese al *living-room*, que no vi anteriormente, y me senté en uno de los sillones mientras ella, dedicándome una sonrisa, se alejaba en dirección al bar y Paula, siempre muy en su papel de prometida, se sentaba en el brazo del mismo sillón, e hice lo que debía, enlazándola por la cintura con mi brazo.

Enlazó a su vez su mano con la mía y esperé que se acercara Eve con el vaso de *whisky*.

Me lo dio, bebí un poco y les miré.

Me observaban todos, incluso la propia Paula, cuyo perfume ofuscaba un tanto mis ideas, como si fuese un ser de otro planeta, un ser de un OVNI.

Rompí el silencio en vista de que nadie decía nada, con una pregunta:

—¿Hay alguien que pueda explicarme dónde estaba cada uno en el momento en que trataron de matarme ahí fuera?

La respuesta corrió a cargo de la morena Muriel, cuyas piernas, debido a los *shorts* que llevaba, fascinaban por su belleza.

—En mi cuarto —dijo—, por lo menos, eso es lo que puedo decir de mí misma, míster Farrell. Iba a acostarme para dormir un poco la siesta.

—¿Y los demás...?

—Eso no creo que le importe a usted, míster Farrell. Es decir, no le importa en absoluto, ¿comprende? —medió Fred Callender.

Me puse en pie, vaso en mano, abandonando por tanto la cintura y dedos de Paula, y le enfrenté abiertamente.

—Es posible, míster Callender —dije—, como es muy posible también que dentro de poco tenga una acusación formal de asesinato contra su hermano y contra usted el fiscal de White Plains.

—¿Qué cuernos...?

—¡Espere —interrumpí con voz seca—, que aún no he terminado! Anoche, según Warren, *marshall* del pueblo; alguien asesinó a un pobre diablo llamado Bill, que nada tenía que ver en esto. Es... o era el dueño de la gasolinera que hay en el camino hacia Nueva York, a un lado de la carretera. El único poste de «nafta» que existe, y lo hizo porque tuvo miedo de que reconociera al asesino de *mistress* Alice Callender, y lo hizo la misma persona que disparó no hace mucho contra mí. Minutos escasos, y fue uno de vosotros, uno que ahora está aquí, a nuestro lado y... y... Bueno, ¿qué ocurrió en la lectura del testamento?

—Eso tampoco le importa...

Mientras Paula continuaba callada, Eve se encargó de dar la respuesta:

—Eso, querido, si viene conmigo a dar un paseo por los jardines de los alrededores, se lo diré yo.

Salimos dejando un violento y rotundo silencio a nuestra espalda.

Avanzamos por los senderos de rosas, madre selvas, matas en el suelo de tulipanes, plantas trepadoras que se enredaban en los copudos sicómoros, y el silencio que nos rodeaba, sólo roto por el sonido de nuestras pisadas en la grava del camino.

Repentinamente, Eve lo rompió:

—En verdad, míster Farrell, ¿de quién sospecha usted?

—No lo sé, *miss*...

—Llámeme Eve —hizo una ligera pausa y añadió—: ¿No? —No, es así, aunque usted crea lo contrario.

No respondió hasta que dimos vista a uno de los bancos, casi cubierto por la vegetación.

—Sentémonos ahí, ¿quiere?

Lo hicimos, el uno muy cerca del otro, rozándonos.

Fue ella, Eve, quien una vez más rompió el silencio.

—Hay algo de extraño en ese testamento.

Ladeé la cabeza para mirarla y noté que no desviaba sus ojos de los míos.

—¿Y es...? —alenté suavemente.

—Paula —repuso.

—¿Qué hay de ella?

Eve guardó un pequeño silencio, en el transcurso del cual no dejó de observarme y al final lo soltó:

—Como le dije, se trata de mi prima. Se queda sin nada.

—¿Cómo...?

Y la sorpresa que había en mi voz no era fingida ni mucho menos.

—Eso es lo extraño. Paula, para tía Alice, siempre fue la mejor de todas. Venía a visitarla, a charlar con ella, a cuidarla de vez en cuando, y todos absolutamente todos, creíamos que toda la fortuna pasaría a su poder, pero no ha sido así, nos equivocamos, como se equivocó la propia Paula.

—¿Qué ha dicho ella?

—Nada. Guardó un sorprendente silencio... Lo que nos chocó a todos. Su rostro tampoco se alteró.

—¿Qué explicación se le ocurre para todo esto, Eve?

Arqueó levemente una de sus pelirrojas cejas, y sin poderlo evitar recordé una vez más a Mary Jo.

—Ninguna por el momento, míster Farrell. ¿O quiere que le llame Jesse, como hace Paula?

—Jesse —dije—. Es más íntimo.

Calló una vez más, rumiando, quizá, todo lo que me había dicho, e interrumpí sus pensamientos con una pregunta:

—¿Quién hereda la fortuna?

—Yo. Unos veinticinco millones de dólares. El resto, por partes

iguales, va a parar a manos de Muriel y mis dos primos. Fred y Phil. Es..., es sorprendente —añadió como punto final. Lo era, desde luego.

CAPÍTULO VIII

Me puse en pie.

—¿Ya nos marchamos? —preguntó sin moverse del banco, cabalgando una pierna sobre la otra.

—Por el momento —dije—, aquí no me queda nada más que hacer.

—¿No...? Vamos, siéntese a mi lado, Jesse, y pregunte. Sé que se muere de curiosidad.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Porque puedo apostar sin equivocarme que desea saber si ese testamento dice algo más.

Tomé asiento a su lado, por segunda vez, y dije:

—¿Y es...?

—Si muero yo, mi parte se repartirá en partes iguales entre los tres primos míos, exceptuando Paula. Caso de que sean ellos los que mueran antes, ocurre igual con respecto a mí. O sea, heredo yo, en partes Iguales con los otros.

—¿Y, suponiendo que mueran todos, incluso usted, Eve, a causa de un accidente o por otro medio cualquiera, adónde va a parar la fortuna? ¿A una institución de perros y gatos?

Se echó a reír, pero sin saber por qué, intuí que su bonita risa era fingida en aquel momento.

—A Paula —dijo después—. Ella se quedaría con todo.

—No lo entiendo —fue lo que se me ocurrió responder.

—Ni yo tampoco, ni la propia Paula; eso es seguro.

A sus respuestas siguió un largo silencio que corté, con una nueva pregunta más:

—¿Tenía *mistress* Callender afición a los crucigramas?

—Sí, claro —y me miró con los ojos muy abiertos—. ¿Cómo sabe eso?

—Había uno sobre la mesa, terminado salvo en una palabra que

empezó a escribir cuando la mataron.

No preguntó qué palabra era aquélla ni yo se lo dije, pero si respondió, estremeciéndose:

—Es horrible, Jesse..., e incomprensible. Me..., me aterrorizo al saber que esta noche, voy a estar allí, de nuevo con ellos, en la casona... a merced de un asesino.

—¿Por qué dice eso?

—¿Es que no lo comprende? —y sus grandes ojos me asaeteaban—. ¡Pero si es sencillo! Sea como fuere, entre tres, si es que Paula no fue la asesina, es un buen pellizco lo que se repartiría entre todos a costa de mi piel, ¿no?

Lo era, desde luego, pero no se lo dije.

—¿Cuál de sus dos primos estuvo fuera de su apartamento de Wall Street durante unos días? ¿Phil o Fred? ¿Lo sabe usted, Eve? —pregunté a mi vez.

—¿Qué...? ¿Qué trata de insinuar, Jesse?

—Sé que uno de sus dos primos faltó de casa unos cuantos días... y que luego fue encontrado aquí por el otro, ¿comprende? Y esto ocurrió a las pocas horas de ocurrir el asesinato de su tía de usted.

Se le demudó el rostro, y una vez más, sus hombros se estremecieron.

—Es..., es la primera noticia que tengo —musitó—. ¡Primo Fred o Phil! Es... increíble...

¡No, no puedo creerlo! ¡No voy a creerlo nunca!

—De ellos, Eve, ¿quién puede ser el asesino? ¿Tiene una idea?

—No. Y aunque la tuviera...

—Sé que no me lo diría, muchacha, perdone si le hice esa pregunta.

—¿Nos vamos ya? —preguntó.

Nos pusimos en pie, ambos al mismo tiempo, tropezamos y quedamos muy juntos, rostro casi con rostro, rozando sus cabellos el mío, y la prendí por la cintura.

No lo esperaba, pero se abandonó en mis brazos y el beso brotó por ambas partes sin esfuerzo alguno, hasta que la voz de Paula nos sorprendió:

—Eve, querida —dijo—, como comedia ya está bien. Ahora, si no te importa, voy a advertirte algo; déjale en paz. Ese hombre,

como dije, es mío. Lo entiendes, ¿verdad?

Ni siquiera se sonrojó, tampoco perdió los nervios, ya que respondió con perfecta calma, con perfecta suavidad también:

—¿Es verdad, Paula querida? Dime, ¿es cierto lo que dices que hay entre tú y él?

—Eso, Eve, puedes preguntárselo a míster Farrell.

Volvió los ojos a mí y respondí antes de que me preguntara:

—Su prima y yo, Eve, vamos a casarnos, posiblemente antes de que abandonemos White Plains.

Eve no contestó, dio media vuelta y se alejó rápidamente, dejándonos solos y frente a frente.

Miré a Paula, me estaba sonriendo.

—¿Es cierto eso? —preguntó.

—¿Te refieres a nuestra próxima boda, Paula?

—Sí, claro, ¿a qué otra cosa si no?

—No vamos a casarnos, muchacha —dije—. Lo siento, pero no estoy enamorado de ti.

—¡Jesse! —exclamó—. Eso..., eso es demasiado crudo, dicho así, de este modo.

—Puede que sí, pero la farsa la ideaste tú y no yo.

—¿Quién es ella, Jesse? ¿Esa mujer que vino de Nueva York y que pasó la noche contigo?

—¿Cómo lo sabes?

—Os vi entrar en tu habitación. ¿Es ella...?

—Es mi secretaria, y no es ella. No hay otra..., ni creo que la haya en algún tiempo, en mucho tiempo, diría yo...

Hizo lo que Eve, se volvió dándome la espalda y empezó a andar. La seguí, alcanzándola antes de que llegara a la casona; mucho antes por cierto.

Al emparejarla, pregunté:

—¿Qué piensas hacer?

—¿Respecto a qué?

—A ese testamento.

—Esa zorra de Eve ya te lo ha contado, ¿no?

—Sí, eso es. ¿Qué vas a hacer?

—Me pondré en contacto con un buen abogado tan pronto como llegue a Nueva York.

—¿Tratas de impugnarlo?

—No; simplemente quiero que se abra una investigación para ver si es verdadero o no. La letra parece ser de puño y letra de tía Alice, pero también existen hechos, promesas que me hizo... y de las cuales ya te hablé en nuestra primera entrevista.

—Sí, lo sé, por eso me sorprendí cuando Eve me explicó lo ocurrido.

Continuó callada unos segundos, muy pocos, y repentinamente preguntó:

—¿Es cierto que mataron al dueño de ese poste de gasolina?

—Sí, así es.

Fue allí, bajo el porche, antes de entrar, frente a la puerta, cuando verdaderamente me sorprendió.

—Dime, Jesse —inquirió de buenas a primeras—, la mujer que me desbanca, si no es tu secretaria, ¿quién es? ¿Esa Mary Jo que trabaja en el bar?

—¿Quién te dijo eso, muchacha?

—Warren estuvo aquí, antes de que tú llegaras —explicó—, y me dijo algo de una coartada perfecta, respecto a ti y a ella.

—Pues lo siento, porque también te equivocas; Mary Jo, es lo que... todas; una buena amiga, y nada más. Una buena amiga como lo eres tú, o Eve. Respecto a Muriel no puedo decirte nada ya que apenas si crucé palabra con ella.

—Eres un cínico, querido —repuso, un segundo antes de dar media vuelta y entrar en la casona.

Fui detrás, rumiando las palabras que me había dicho.

Estaban en el comedor, cuando entramos, como ya he dicho, el otro detrás de la otra.

Estaban hablando, casi a gritos, pero callaron en seco apenas si nos vieron.

Hubo un silencio, un poco largo, un poco pesado, que rompió la morena Muriel.

—Entre, míster Farrell —dijo—, y siéntese a mi lado. Hace un tiempo que no tengo compañía masculina, como no sea la de estos dos.

—¿Alguno en particular? —pregunté.

—¡No! Bueno, quizá Fred y yo... consigamos algún día algo positivo.

—Pero no es seguro.

Se echó a reír mientras me acercaba a ella, y a la silla que me ofrecía. Sentándome pregunté:

—Hablando de los criados que vi, *miss* Cal...

—Me llamó Muriel, míster Farrell —repuso ella.

Cambié el sentido de la pregunta, en realidad siendo la misma.

—¿Vieron algo los criados, Muriel?

—No. Son... casi sordos. No oyeron ni vieron nada. Por otra parte, Warren dice que el disparo se efectuó con un arma posiblemente provista de silenciador.

Yo sabía que era así, por lo que repuse con una nueva pregunta.

—¿Quizá la misma arma que no hace mucho disparó contra mí?

—Sí, tal vez sea... o es la misma pistola.

Miré a Eve, que me sostuvo la mirada después de pronunciar aquellas palabras cortando en seco la respuesta que acaso Muriel iba a darme.

Paula se había sentado también, al otro lado de la mesa, frente a mí, y teniendo a Phil a su derecha y a Fred a su izquierda.

Me enfrenté abiertamente con el segundo:

—Dígame una cosa —inquirí—. ¿Era aficionada *mistress* Alice Callender a los crucigramas?

Phil fue el que dio la nota discordante.

—A todos los chiflados les da por una manía, y tía Alice...

—¡Phil!

Lo mismo que una centella, así se volvió a mirarla.

—¿Qué ocurre contigo, prima Paula? —preguntó—. ¿Acaso no es así? ¿Y tú la defiendes? ¿Precisamente tú?

—¿Por qué no he de hacerlo, querido? Tía Alice tenía sus manías como las tenemos todos... y el hecho de que me dejara sin nada no va a cambiar las cosas ni mi criterio sobre ella.

—¿Sí...? ¿Quieres decir que no vas a tratar de hacer nada contra ese testamento?

—¿Y quién te ha dicho que no?

Vi cómo Muriel y Eve contenían la respiración y como asimismo Fred la miraba atentamente mientras Phil respondía:

—¿Impugnándolo?

—Podría hacerlo, si me guío por tus palabras respecto a ese pasatiempo, ¿verdad? Pero no haré nada de eso, Phil, nada —añadió rápidamente, como si tuviera miedo de que él la

interrumpiera—. Nada, aunque sí voy a tratar de averiguar si es o no falso. Siguió un silencio que se espesó de tal modo que hería.

CAPÍTULO IX

Fred lo rompió, tal vez con ánimo de evitar una discusión más o menos violenta entre Paula y Phil.

—¿Cómo sabe usted lo de la afición de mi tía, míster Farrell? —preguntó con suavidad.

Desvié los ojos de aquellos dos y le miré.

—Vi un crucigrama sobre la mesa, el día en que la mataron —repuse, dando la misma respuesta que no hacía mucho le diera a Eve—. Un crucigrama terminado, excepto una palabra. Al parecer, el asesino la sorprendió en el momento en que estaba terminando. Incluso llegó a poner las primeras letras, pero nada más.

—Es... es horrible.

Sin proponérselo, Muriel estaba también repitiendo las mismas palabras que Eve pronunciara en mi presencia en el jardín.

Phil me estaba mirando con una pregunta en los labios.

—¿No le parece sorprendente todo esto, míster Farrell?

—¿Por qué?

—Bueno, creo que era una palabra de seis letras. ¿No es así?

—Sí, claro...

—Una palabra significativa —medió Paula—. Crimen. Es... como si el asesino supiera de antemano qué palabra era aquélla para matarla precisamente en el momento justo en que la estaba escribiendo —se estremeció—. Como si éste hubiera puesto precisamente el crucigrama allí, esperando luego escondido, acechando, hasta que llegó aquella palabra.

No respondí, tal vez porque en aquel momento, Phil empezaba a exponer su idea que las palabras de Paula interrumpieron:

—Podría dar uno o varios puntos de vista, pero... pero... Bueno, yo soy otro de los sospechosos, y no voy a añadir nada más. Una palabra de seis letras con un significado trágico, como lo es la palabra en sí. Crimen... es curioso —terminó luego de una ligera

pausa. Se puso en pie, nos miró a todos, y con los ojos ya fijos en mí, me preguntó—: ¿Piensa quedarse a cenar, míster Farrell?

—No —respondí—. Por tanto, si lo desea y quiere llevarme a White Plains, contando, claro, con que tenga esa intención, se lo agradeceré. Mi coche no es el más indicado para viajar por el centro del pueblo, con toda esa serie de agujeros que le han hecho.

—Venga entonces, míster Farrell.

Volvió la espalda y sin un solo saludo para su hermano y para sus primas, fue hacia la puerta. Le seguí luego de dar las buenas noches, pero ninguno me contestó.

Me condujo, y cuando abrió la portezuela, mejor dicho, cuando nos acercamos al coche, antes de acomodarnos en su interior, vi que era el «Chrysler» de Paula, pero no pronuncié una sola palabra al respecto.

Arrancó, maniobró con pericia para dar la vuelta y pocos minutos más tarde nos encontramos en la carretera, rodando hacia White Plains.

Rompí entonces el silencio.

—¿Puede contestarme a una pregunta, míster Callender? —pregunté:

—¿Qué es...?

—Respecto a su hermano y a usted —dije sin una sola vacilación—, sé que uno de los dos... estuvo fuera del apartamento unos cuantos días, sin que el otro supiera dónde había ido, y que el mismo día del crimen se encontraron...

No me dejó terminar:

—No se rompa la cabeza, fiscal —dijo—. Fui yo. —¿Alguna explicación?

—Sencilla, por supuesto —sonrió—. Estuve con una chica, ¿sabe? Una amiga que quizá... quizá hagamos lo que Paula y usted van a hacer; casarnos. Pasamos el fin de semana en una cabaña cerca del Hudson, entre los árboles, luego la llevé a su casa, y me vine para acá.

Se imponía, desde luego, una nueva pregunta, y la formulé:

—¿Cuánto tiempo hacía que no visitaba a *mistress* Callender?

Frunció el ceño pensativamente, y respondió:

—Mucho, tal vez más de un año. La verdad es que no lo sé con exactitud. —¿Y repentinamente sintió necesidad de verla en la

misma noche del crimen?—. Ilógico, ¿verdad? Sí, fue así, a pesar de lo que usted pueda pensar.

—¿La mató usted?

Su sonrisa se amplió.

—Pude hacerlo; tuve el tiempo, la ocasión... y todos los factores a mi favor.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—No, desde luego, no, pero no voy a añadir nada más a lo ya dicho.

No repliqué; me dediqué pues a mirar por la ventanilla hasta que las primeras casas de White Plains fueron quedando a nuestra espalda.

Phil preguntó entonces:

—¿Dónde quiere que le deje, míster Farrell?

—En mi hotel —respondí sin vacilar.

Y vi cómo sus ojos reflejaban sorpresa.

—Pensé que querría ver al *marshall*.

—¿Para qué? —pregunté.

—Si usted no lo sabe —me respondió un tanto secamente, doblando el volante para apartarse de la calle principal—, yo tampoco.

Callamos, hasta que nos encontramos frente a la puerta, detenido ya el coche.

—Gracias —dije.

—Buenas noches, míster Farrell —me contestó un segundo antes de que abriera la portezuela y saltara sobre la acera.

—Buenas noches —repliqué.

Se fue mucho antes que yo entrara en el hotel, para pedir la cena.

Eran exactamente las diez y treinta de la noche cuando una de las meseras empezó a servirme la mesa.

Casi terminaba cuando vi a Warren.

Venía completamente solo y aquello me chocó.

—¿Puedo sentarme, míster Farrell? —preguntó al situarse frente a mí, al otro lado de la mesa.

Señalé la silla libre, sin dignarme contestar.

Lo hizo, también en silencio, que rompió al segundo siguiente:

—¿Ha visto a *miss* Stevens?

La pregunta me sorprendió tanto que arqueé una de las cejas.

—Esta mañana la dejé en el bar.

—Lo sé —me miró pensativamente y añadió—: La chica se fue este mediodía, sin una explicación, y no ha vuelto.

—¿Y...?

—Bueno, la pregunta es ésta, míster Farrell; el dueño del local dice que recibió una llamada telefónica y que luego, al finalizar el trabajo del mediodía dijo que tenía que salir, y como le dije, no ha vuelto.

—¿Estará en su casa?

—No. Eso fue lo primero que pensé.

—En ese caso, tampoco puedo decirle más de lo que le he dicho, *marshall*. Yo no la llamé, si es eso lo que quiere preguntarme.

Sin responder a mis palabras, continuó exponiendo su idea, la idea que llevaba en mente antes de entrar en el hotel.

—Fui a su casa —repitió—, pero no estaba. Había desaparecido, también, parte de sus ropas. Creí... creí que usted... usted la había enviado fuera.

—Pues se equivocó. Y sobre todo, ¿por qué tenía que hacerlo?

—Pudo darle un empleo en Nueva York.

—Pude, sí, pero no lo hice. Tengo secretaria... y puede informarse si lo desea. No respondió, tragó saliva por lo que adiviné que aquél no era el único motivo que le había llevado hasta allí, y esperé, no deseando ayudarle en modo alguno, hasta que por fin lo soltó.

—Se han cumplido las cuarenta y ocho horas, ¿no?

—¿Y bien...?

—No, nada, míster Farrell, sólo quería saber si ese teniente de Homicidios va a venir o no.

—Quizá no haga falta —dije.

Y saltó sobre el asiento como si en su fondo hubieran brotado alfileres.

—¿Qué está tratando de decirme?

—Sencillamente que no lo sé, que quizá no haga falta, que tal vez, pensándolo bien, voy a dejar que usted resuelva este caso a su modo.

Estaba sorprendido, mirándome curiosamente, sin dar crédito a lo que oía, o quizá sospechando una trampa en mis palabras.

—Eso no lo comprendo muy bien. ¿A santo de qué me viene ahora con ésas, míster Farrell?

—Tal vez porque me sienta un poco más tranquilo al ver que ha prescindido de sus dos uniformados gorilas. Dígame, Warren, ¿dónde están? ¿Registrando la casa de *miss* Stivens por si hay algo que les haga sospechar que me la comí o la llevo dentro del bolsillo?

Maldijo entre dientes, como yo esperaba, y se puso en pie, lo que esperaba, dicho sea de paso.

—¿Se marcha? —pregunté suavemente.

—Sí; si no sabe dónde está *miss* Stivens, tenemos que buscarla.

—¿Por qué? ¿O es que cometió algún delito?

—No es eso, míster Farrell, y usted lo sabe.

—No, no lo sé —repuse secamente.

—Bueno, lo cierto es que..., que nos choca que no se despidiera de nadie.

—Pudo, también, no desearlo. Tampoco lo hizo conmigo.

—Es eso lo que más me choca, lo que me hace sospechar que ha podido ocurrirle algo.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Pasaron la noche juntos en la casa de ella y ahora, el que no se haya despedido de usted..., no me gusta.

No contesté a aquello y fijé los ojos en el plato. Cuando los levanté para mirarle, Warren, *marshall* de White Plains, se estaba alejando hacia la puerta, sin volver ni una sola vez la cabeza.

Continué cenando, aparentemente tranquilo, pero nervioso en realidad, por lo que terminé mucho antes de lo previsto, me puse entonces en pie y también salí a la calle.

Miré a mi alrededor; la calle, el pueblo todo, presentaba el mismo aspecto de siempre tan pronto como llegaba la noche.

Miré el reloj de pulsera antes de empezar a andar hacia la casa de Mary Jo, pero a los pocos pasos, pensándolo mejor, encaminé mis pasos hacia el bar.

Entré.

La clientela era la misma, salvo en las muchachas que sentadas en una mesa parecían querer demostrar a la clientela masculina que las minifaldas sirven para muchas cosas más de las que en realidad se supone.

No las miré mucho; mi interés, por aquella noche que empezaba para mí, estaba centrado en otra cosa.

Me acomodé en la barra, en uno de los taburetes, y esperé a que la rubia oxigenada que había en la barra me viera.

Por fin ocurrió, con lo que se acercó llevando en los labios una sonrisa mecánica, una de aquellas sonrisas que no dicen nada, y en contraste, a veces, lo dicen todo.

—¿Qué le sirvo, míster Farrell? —preguntó.

Me estaba haciendo demasiado popular en White Plains, y aquello no me gustó:

—*Whisky* —dije—, con unos cubitos de hielo.

Se alejó con la misma sonrisa, y miré a mi alrededor.

—Su *whisky*, míster...

La miré.

Ojos azul pálido que no dejaban de mirarme.

Pregunté por lo que me interesaba.

—¿Dónde está Mary Jo?

Frunció el ceño.

—¿Usted no lo sabe?

—Si lo supiera —respondí—, no lo estaría preguntando.

Se mordió el labio superior.

—Perdone —dijo—, creí que se encontraría a su lado.

No me quise extender en explicaciones que nada le importaban y machaqué:

—¿Dónde está?

Ahora no dudó:

—La llamaron por teléfono antes del mediodía y luego nos dijo que tenía que salir. Se fue y no ha vuelto. La policía... vino a hacer preguntas.

—¿Por qué la policía?

—Ha habido dos muertes, míster Farrell, y usted sabe que es verdad. Al parecer sospechaban que estaba con usted... pero en vista de que no... quizá... quizá la busquen por algo que no han dicho, o tal vez..., crean que le ocurrió algo.

—¿Como qué?

Los ojos azules se desviaron de los míos y recorrieron el bar.

—Warren, el *marshall*, cree que usted y ella saben algo más de lo que le dijeron a él anoche.

—En ese caso, querida —respondí tomando el vaso—, son mucho más listos que yo, ya que ven cosas que ni Mary Jo ni yo vimos.

Hubo un silencio muy pequeño, y la muchacha preguntó súbitamente:

—¿Se la va a llevar con usted a Nueva York, míster Farrell?

El *whisky* que estaba empezando a beber estuvo a punto de salirse por las fosas nasales.

CAPÍTULO X

Pasé de largo frente a la puerta de su casa, mirando las ventanas, cerradas, que no dejaban paso al más leve resquicio de luz hacia la calle, y lentamente por la calle silenciosa y vacía, con mal alumbrado también, como siempre, empecé a dar la vuelta rodeándola, buscando la puerta posterior.

La vi pocos minutos más tarde; cerrada.

Di la vuelta, mirando la fachada, y entonces me di cuenta de que por aquella parte sí había una ventana abierta, la única de aquella parte.

Calculé el salto hasta el alféizar, preguntándome si el hecho se debía o no a la casualidad, y sin querer analizar más la pregunta, sin buscar tampoco una respuesta adecuada para aquélla, salté.

Pasé una pierna al otro lado, ya con la «Mauser» en la mano, y salté al interior.

Una habitación, crucé al otro lado, tanteando las paredes, tratando no tropezar, hasta la puerta que me cerraba el paso. La abrí por el sencillo procedimiento de empujarla, di un paso al frente, luego otro, y algo zumbó junto a mi oído y me eché a un lado evitando el golpe por puro milagro.

Al otro lado del cuarto donde me encontraba, el dormitorio que Mary Jo y yo habíamos compartido la noche antes, brotó el fognazo.

Llevaba como he dicho, la «Mauser» en la mano y ladeándome en sentido contrario disparé por dos veces girando contra el fognazo.

Hubo un gemido ahogado, el ruido de un cuerpo pesado al caer y el de una puerta, la del dormitorio donde me encontraba, al cerrarse violentamente. Luego ruido de pasos que se alejaban a la carrera, un nuevo portazo, el de la puerta de acceso a la calle, pero no me moví.

Era lamentable de todo punto, pero allí, conmigo, muy cerca, quizá fingiendo, había una persona.

Escuché.

No oía nada.

Di un paso, pegando la espalda a la pared.

Nada aún.

Continué aventurándome y andando, del mismo modo, hacia la puerta que alguien, el que fuera, había cerrado para proteger su huida.

La alcancé sin que en el interior del dormitorio se oyera nada más que mi respiración. Empecé hasta tantear junto al marco, buscando el interruptor de la luz, y lo hice girar lanzándome de cabeza al suelo, al mismo tiempo.

No disparó contra mí, sencillamente porque no podía.

Le miré, acercándome, sin dejar de apuntarle; se encontraba caído boca arriba y tenía dos agujeros en el pecho, mortales de necesidad, y su cabeza iba cubierta con una media.

Al arrodillarme a su lado vacilé.

—¿Quién? —monologué—. ¿Fred o Phil?

Levanté un poco la media, otro poco más.

No era Phil ni Fred, y durante unos segundos quedé allí, completamente inmóvil, mirando parte de aquella faz que ya conocía, y mis pensamientos volaron por caminos insospechados hasta entonces para mí.

Hasta que de un modo repentino me puse en pie y fui a la puerta, guardando la «Mauser» en la funda sobaquera. El paso estaba franco, pues la puerta carecía de cerradura; un simple pomo y nada más.

Crucé el umbral, y encendiendo las luces miré a mi alrededor y luego volví al dormitorio, abrí la del armario y miré.

Como dijo Warren, Mary Jo sólo se había llevado, tal vez, un par o tres de vestidos, quizá los mejores, y todas sus prendas íntimas.

Ni señales de lucha, ni de violencia y en fin, nada. El resto, aquellos dos, si fueron a mí, es porque sabían o sospecharon que tan pronto como me enterara de la desaparición, o supuesta desaparición en este caso, de la pelirroja, iría allí, como así fue, sólo que las cosas no salieron como las habían planeado.

Retrocedí hacia la ventana, puse el pie en el alféizar, después de

apagar todas las luces y salté al exterior.

Pensaba, en Mary Jo cuando tomé el camino del hotel, pensaba en muchas cosas más, en mi secretaria que no había telefonado, en el teniente de Homicidios amigo mío, al cual, Esther no habría llamado o ya estaría allí.

Pensé en Paula y en su familia, ninguno de cuyos miembros me gustaba.

Y pensé, asimismo, que cada vez me encontraba más lejos de desentrañar el misterio que lo envolvía todo.

¿Ir a visitar al notario que hizo el testamento de Alice Callender?

Me encogí de hombros.

Mary Jo se había ido, posiblemente a Nueva York de donde procedía, lo ocurrido entre ambos no tenía significado alguno para ella y era mucho mejor así.

Complicaciones bastantes había ya en White Plains para que ella me buscara más.

Llegué a la esquina y entonces oí el ruido de un coche.

Me detuve en seco, dudé unos segundos y finalmente me acerqué, y pegado contra la pared de ladrillo miré, tratando al mismo tiempo de no ser visto.

La policía, uno de los coches-patrulla del *marshall*, acababa de detenerse frente a la puerta y vi a Warren, en unión de otros dos, acercarse a la misma, y ya no quise continuar mirando.

Todo lo más rápidamente que pude retrocedí hasta la siguiente esquina que doblé.

Diez minutos más tarde me encontraba en el hotel, entrando por la puerta posterior. Siempre sin hacer ruido, deseando que no me vieran, llegué a la cocina y de allí pasé al comedor... y acto seguido al *hall* donde el encargado dormitaba tras el parapeto salvador del mostrador del *comptoir*.

Alancé la escalera sin que despertara y desde allí hasta mi dormitorio fue todo fácil para mí; lo que ya no lo fue tanto es desde el momento en que abrí la puerta y crucé el umbral, porque ella estaba allí, levantándose del borde del lecho donde estaba sentada, con una pequeña maleta a sus pies.

Cerré sin decir nada, pero pregunté tan pronto como lo hube hecho:

—¿Quieres decirme qué haces aquí, pelirroja?

—Te estaba esperando, Jesse.

—Eso ya lo sé. ¿Y qué más?

Me sonrió de nuevo.

—Vine... vine a despedirme.

—¿Sí...? ¿Y puedo saber dónde vas?

—Tengo un empleo. Empecé a buscarlo cuando... cuando me preguntaste si me gustaba el trabajo que estaba haciendo en el bar, ¿recuerdas?

Recordaba a la policía de White Plains, recordaba a Warren entre otras cosas y también, por supuesto, recordaba lo que Mary Jo quería que yo recordase.

Respondí:

—¿Dónde?

—En Nueva York... si... si... tú... si tú dices que puedo hacerlo.

Di un par de pasos, me dejé caer en una silla y pregunté:

—¿Vas a quedarte?

—¿Aquí? —Sí.

—Vine... vine... Sí, así es. Unas horas más o menos no me harán perder ese empleo. Recordé a ese hombre muerto, al que acababa de matar en casa de ella, y de nuevo, una vez más, el nombre del *marshall* Warren acudió a mi memoria; también el de Paula y la de su familia de lunáticos, de asesinos... y de cuarenta millones de dólares.

—Ese empleo, Jesse...

Ella cortó, sin proponérselo, el curso de mis pensamientos, y repliqué:

—¿Qué hay de eso?

—Si tú... si tú...

—¿Y qué tengo yo que ver en eso, muchacha?

Obstinadamente, Mary Jo clavó los ojos en sus muslos desnudos.

—Sí, claro, perdona —musitó—, no había pensado en ello.

Se puso en pie, no me moví, tomó la maleta y me miró.

—Dijiste que ibas a quedarte.

—Cambié de pensamiento.

—¿Por qué?

—Creo, Jesse, que si te lo dijera, no... no... lo entenderías.

—No, es posible que no, pero vas a dejarlo, ¿comprendes?

—¿Que voy a dejar...? ¿El qué?

—Esa maleta, allí, en un rincón. En cuanto al empleo, ¿quién te lo ofreció?

—Me llamaron esta mañana, Jesse... y el empleo es importante.

—¿Dónde...?

—Ya te lo dije.

—¿Dónde?

—Pero... pero... Bueno, esa muchacha; *miss*

O'Connors,

me llamó y me dijo que se había enterado que buscaba un nuevo empleo. Me preguntó qué sabía hacer y pronto nos pusimos de acuerdo.

Me sorprendí, aquélla era la verdad, porque Mary Jo no me había dicho nada.

—No entiendo eso —fue lo que dije.

—Verás, Jesse, Joe estuvo en el bar, ¿lo entiendes?

—No.

—Hemos salido juntos varias veces.

—¿Y...?

—Quita esa «y», y estarás en lo cierto, querido. No hay nada entre él y yo, salvo lo que te he dicho. Una amistad sincera, si se puede decir así, y nada más.

—¿He dicho lo contrario?

—¡Por supuesto que no, querido! Pero contigo, nunca sabe uno lo que estás pensando.

—¿Y no te gusta?

—Eso no cuenta.

—¿Por qué?

—Tu voluntad es la mía, Jesse y sé que lo sabes.

No respondí a aquello, pero sí pregunté:

—¿Qué hay de Joe? ¿Qué tiene que ver con ese empleo?

Se mantenía en pie, frente a mí, con la pequeña maleta en la mano que no soltaba. —Le dije que... que... que...— sacudió la pelirroja y hermosa cabeza y de pronto, de una manera repentina, se dejó caer sobre el borde de la cama, sus dedos dejaron escapar el asa de la maleta, y entonces añadió, sin mirarme:

—Te he mentado, Jesse.

—¿Sí...? ¿Dónde? ¿En qué?

No me miró tampoco cuando me dio la respuesta:

—En lo del empleo.

—¿Quieres decir qué...?

—Sí, así es. Casi... casi no conozco a *miss*

O'Connors.

Sólo de vista, y de una vez, ya hace tiempo, que entré en el bar.

—¿Y...? —pregunté al ver que se detenía.

—No hay empleo alguno, pero me marchó de White Plains.

—Eso aún lo entiendo menos.

—Fue... por tus preguntas. Una mujer... aquí, en un bar... eso parece ser presa fácil de todos, ¿comprendes ahora?

—No, aún no.

Pero la verdad es que empezaba a entenderla.

—Es sencillo, Jesse —replicó prontamente—. Joe, me llamó, quería una cita para... para esta noche.

—¿Sí...?

—Así es... Joe es un animal... es sucio... y no deseaba salir más con él. La última vez se lo dije así, pero al parecer es algo que no le cabe en la cabeza. Se lo repetí hoy por teléfono pero contestó que vendría por mí al bar, y que si no me encontraba iría a buscarme a mi casa. Que era mucho mejor para mí que le esperara, y que ya estaba cansado de mis estupideces. Le dije que sí y... y tomé todo lo que poseo, lo poco que me quedaba, exceptuando varias cosas y... y vine aquí. Quería... decirte adiós, Jesse.

Pero había algo más y yo lo sabía; también ella lo sabía, pero ninguno de los dos nos atrevíamos a pronunciar palabra al respecto.

—¿Vas a quedarte?

—Jesse...

—¿Sí o no, muchacha?

—Sí, claro —repuso en un susurro—. Eso... eso fue lo que te dije, ¿no?

Di un paso hacia ella, dos, se puso en pie para recibirme, y en aquel momento empezaron a aporrear la puerta.

CAPÍTULO XI

Nos miramos los dos, muy cerca el uno del otro, casi rozándonos, y fue ella, Mary Jo, la que preguntó:

—¿Esperabas a alguien, Jesse?

—No. Por supuesto que no.

Los golpes cesaron de pronto, y en su lugar, llegó hasta nosotros la voz de Warren.

—Abra a la policía, Farrell. Vamos, sabemos que está ahí. ¿Es que tiene a una señora con usted?

No respondí, lo hizo Mary Jo con una pregunta, dicha en un susurro:

—¿La policía...? ¿Qué... qué es lo que ocurre?

—Murió Joe Merrick, ese amigo tuyo, Mary Jo —repliqué en el mismo tono de voz—, en tu casa, y llevando una media puesta sobre la cabeza para no ser identificado.

—Jesse...

Mi respuesta la interrumpió la voz de Warren.

—¡Abra esa puerta, Farrell, o la echaremos abajo!

Empecé a retroceder hacia la ventana.

—Si no vuelvo, Mary Jo —dije—, ponte en contacto con mi secretaria en Nueva York. —Le di las señas apresuradamente y añadí—: Diles que no me has visto. Explica la historia, la que me contaste a mí, y diles que viniste aquí, y que me estabas esperando.

Abrí la ventana; un tanto pálida, con las manos sobre los pechos apenas cubiertos por el escote de la blusa, Mary Jo no apartó sus ojos de mí hasta que salté al exterior, y rodando sobre la acera cuando me faltó una pierna, y luego al asfalto sacio de la calleja.

Me puse en pie y cojeando me acerqué a una de las paredes, tratando de ocultarme por si Warren u otro policía cualquiera se le ocurría asomarse a la ventana, y esperé un par o tres de minutos. Luego empecé a andar, alejándome más y más del hotel.

Buscando un puesto de periódicos cualquiera, no importaba cuál; por el momento sólo deseaba aquello, un simple periódico. Podría o no encontrar el que buscaba, podía incluso estar agotado, con lo que el plan que me había propuesto tendría que modificarlo.

Cuatro minutos más tarde me encontraba en la calle principal.

En su centro uno de esos kioscos en los cuales se venden diarios y toda clase de revistas. Estaba cerrado por supuesto, pero me sería fácil forzar la puerta, el candado que tendría sujetando la persiana metálica. El resto era fácil.

Miré a ambos extremos de la calle. Silencio y sombras, algunas de las cuales, más espesas, huían a causa del deficiente alumbrado público.

Silenciosa y vacía, lo mismo que siempre, lo mismo que en todo momento.

Me acerqué, sin abandonar el precario refugio, si es que podía llamarlo así, de las paredes de las casas.

El establecimiento de revistas y periódicos quedó al fin a mi alcance, un par de pasos más, y me encontraría frente a su persiana metálica. Volví los ojos a derecha e izquierda y di el par de pasos que me faltaban.

Un candado, pequeño, un candado corriente, que no me costó esfuerzo alguno forzar.

Por lo visto, entre paréntesis, la policía local era tan eficiente que los comerciantes no tenían miedo a un posible robo.

Tiré de la persiana hacia arriba y sus mal engrasados ejes chirriaron fuertemente, por lo que me detuve a medio camino para mirar una vez más a mi alrededor, y también las ventanas de las casas.

Ninguna se abrió; ninguna, tampoco se iluminó.

La levanté un poco más, y penetré en el interior del kiosco; ahora venía la parte más peligrosa para mí, encender la luz eléctrica, luz que necesariamente debería verse, una vez encendida, a bastante distancia de allí.

Tuve suerte; por primera vez desde mi llegada a White Plains tuve la suerte de cara y por partida doble.

Nadie pareció advertir la luz, y encontré el periódico que buscaba.

No bajé la persiana, ya no importaba aquello, tampoco deseaba

hacer más ruido del que había hecho, y empecé a retroceder buscando ahora una de las callejas adyacentes.

Me metí por ella; diez minutos más tarde observaba la fachada del precinto de policía de la población.

Me acerqué cruzando la calle de una corta carrera, hacia la esquina; allí me detuve.

Fue muy poco lo que tuve que permanecer a la espera; cosa de diez o quince minutos, y entonces llegó el coche. En silencio, sin hacer uso de la sirena, exactamente como lo hicieron cuando se acercaron al hotel.

Continué esperando.

Les vi descender; Warren en primer lugar, un policía de uniforme, luego Mary Jo, maleta en mano, y a continuación otro más, también de uniforme, al que reconocí como el acompañante incondicional de Joe.

Continué esperando mientras pasaba la «Mauser» de la funda sobaquera al bolsillo de la americana.

Entraron al fin.

Y también tuve suerte, porque nadie se quedó en el coche-patrulla.

Esperé un poco más, segundos ahora, y decidido ya, avancé hacia el automóvil, abrí la portezuela, me situé frente al volante y di el encendido. El motor runruneó suavemente, casi sin ruido, y del mismo modo arranqué, despacio, despegándolo lentamente del bordillo de la acera, e igualmente doblé el volante hacia mi izquierda, cuando alcancé la siguiente bocacalle, y aceleré buscando la carretera.

Media hora más tarde lo detenía detrás de un espeso seto, en el jardín de la vieja casona de los Callender.

Una guarida de lobos...

Fui a pie hasta la casa, la rodeé, frente a mí, la cristalera, la puerta de cristales que daba acceso al *hall*, por la parte trasera, como digo, y desde el interior de la casona al jardín.

Me quité la americana, envolví el brazo en ella y golpeé el cristal que saltó hecho pedazos, sin preocuparme ahora ni poco ni mucho del ruido que pudiera hacer.

Volví la americana a su lugar pertinente, pasé el brazo por el agujero y descorrí las fallebas, luego entré, orientándome,

encendiendo las luces, sin temor aparente, y me orienté hacia el lugar del crimen.

Las mesas y las sillas, la silla también, que *mistress* Alice Callender había derribado en su caída, cuando una bala del 45 le quitó la vida, saqué el periódico del bolsillo, lo desplegué sobre la mesa, tomé el bolígrafo y empecé el mortal crucigrama, esperando.

Esperando, quizá la muerte.

Guarida de lobos...

No me importaba que todos se presentaran a una, sabía que el asesino iba a caer, solo o acompañado.

Costaba trabajo el crucigrama pero aquello tampoco importaba; podía hacerlo de cualquier modo; incluso mal, sin que cuadraran las palabras, horizontales y verticales; sólo una era la que verdaderamente tenía importancia, la que tenía verdadero sentido para el asesino y para mí.

Una sola palabra; una palabra de seis letras.

Podía ocurrir ahora que no me hubieran oído entrar, que se presentara ante mí otra persona que no fuese el asesino, podían ocurrir varias cosas más, pero aquello tampoco importaba mucho, la verdad; sabía quién era y también el modo como podría acorralarle si el crucigrama no daba el resultado apetecido.

Podía ser, también, que el *marshall* se presentara allí antes de que ocurriera nada de lo que esperaba.

Terminé rápidamente el crucigrama, mal por supuesto.

Eran unas casillas cuadrículadas; seis casillas en total. Seis, ni una más, y escribí en ellas sólo tres letras; nada más que tres, y esperé, con el bolígrafo en la mano derecha, como vacilando, como dudando de lo que tenía que hacer.

No oí nada, ni el más leve rumor, pero de pronto mis músculos se tensaron. Percibía una presencia; algo en mí me decía que no estaba solo en aquella habitación, como tampoco lo estuvo *mistress* Callender creyendo lo contrario.

—¿Has terminado ya, Jesse?

Me volví.

Estaba descalza, y su juvenil cuerpo de mujer hermosa, iba cubierto apenas por la combinación de transparente nylon azul cielo.

—No, aún no —respondí acercando la mano al bolsillo de la

americana.

—No lo hagas, amor, o te mato.

No lo hice; me limité a mirarla, una de sus manos, que se encontraba a su espalda, estaba ahora frente a mí, empuñando una pesada automática con un silenciador «Maxim» acoplado al cañón.

—¿Cuándo lo supiste?

—Hace horas —dije, sin mentir—, pero hasta hace muy poco, escaso tiempo, no me di cuenta.

Se me acercó un poco, muy poco, lo suficientemente poco para que no pudiera hacer nada en su contra, momentáneamente.

—¿Y...?

—Fue la última vez que nos vimos aquí, en esta vieja casona, Paula. ¿Lo recuerdas?

Se acercó un poco más, empuñando el arma con mano firme, demasiado firme, diría yo.

—Sí, claro —respondió—, pero eso no me dice cuál fue la clave.

—Tú misma, querida. Tú, y sólo tú, te delataste, pero como digo, no me di cuenta hasta mucho después.

—¿Sí...?

—Así es. Hablamos de crucigramas todos juntos. ¿Recuerdas ahora? Hablamos de palabras de seis letras, y sólo tú supiste que era «crimen», y que tu tía no pudo terminar con la palabra. ¿Cómo Jo sabías? ¿Cómo estabas enterada de aquello, Paula? —pregunté—. La respuesta es obvia, querida, porque estabas aquí, en la habitación o fuera, esperando. Casi sospecho que antes viste ese periódico y esperaste. Solo... sólo la casualidad intervino cuando ella terminó dejando en último lugar la palabra «crimen». Dejaste que pusiera las tres primeras letras, sospecho que entonces la interrumpiste, y finalmente apretaste el gatillo. ¿Por qué, Paula? ¿Por qué?

—¿No lo sabes?

—Lo sospecho. Cuarenta millones de dólares que iban a ser tuyos, pero *mistress* Callender cambió el testamento. ¿Por qué lo hizo, muchacha?

—Discutimos un día por una causa fútil. Tía Alice tenía el genio vivo y un orgullo desmedido; como todos nosotros, Jesse... y me acusó... diciendo... diciendo... Bueno, dijo la verdad, que yo venía a visitarla, a cuidarla, a hacerle compañía, sólo por ambición, por

los dólares que pudiera legarme, y era así. La odiaba, como la odiábamos todos, por su lengua, por los insultos que nos dirigía, porque sabía positivamente escoger el momento más oportuno para que estos insultos hicieran mella en nosotros, porque sabía la verdad de cada uno de nosotros, porque sabía de la suciedad que escondíamos dentro... y las cosas se enredaron aquel día de tal modo que le dije muchas y duras cosas. Saqué toda la bilis que llevaba dentro... y cuando terminé, tía Alice se puso en pie, tomó el teléfono y llamó al notario, habló con él concertando una cita, y me puso de patitas en la calle. «Volveré», le dije antes de salir, y se rió en mi cara. «Por supuesto que volverás, Paula, tú eres de las que siempre vuelven». No respondí y salí. Me quedé por aquí, por los alrededores, en una de las casas que tenemos en White Plains, sin salir para nada a la calle, hasta aquella noche. Pero cuando... cuando ocurrió... fue tarde; ella cumplió lo que yo no esperaba que cumpliera por el momento, a pesar de su cita con el notario; lo de cambiar el testamento en mi contra. Fue algo completamente inútil por esa parte. Por la otra, Jesse, bien muerta está. Sé que esos de ahí arriba me lo están agradeciendo... aun sin saber que fui yo la que... la que...

—¿Y sólo por eso, Paula?

—Sí, así es. Luego... supe que un tipo andaba husmeando en White Plains, un tipo al que la casualidad hizo que su coche se averiara llevándole en el momento menos oportuno al lugar del crimen, y traté de averiguar quién era. Míster Jesse M. Farrell, fiscal del distrito v, en Nueva York, de vacaciones. Había necesidad de estar a tu lado, de saber por todos los medios qué pensabas, qué ibas a hacer, pero sobre todo si pensabas quedarte en White Plains luego de que hubieran arreglado tu coche. Te quedaste y el resto, hasta ahora, ya lo sabes.

—Fue por eso por lo que intentaste matarme, ¿verdad?

—Sí, así es, y fallé las dos veces.

Siguió un pequeño silencio entre los dos.

CAPÍTULO XII

Habíamos perdido la conciencia de todo, de los dos criados, de los otros que estaban en sus habitaciones, de lo que nos rodeaba. Allí, en la casona, no existíamos nada más que los dos, y de los dos, era ella, Paula, la que sostenía la automática en tanto que la mía reposaba en el fondo del bolsillo de mi americana.

Finalmente el silencio que nos envolvía se rompió.

—¿Por qué también al dueño del poste de gasolina, Paula?

Dio otro paso en mi dirección, se detuvo jugueteando con la automática que empuñaba y contestó:

—Aquella noche, Jesse, cuando ocurrió el hecho, al salir, me crucé con un coche que venía a la quinta, el tuyo, aunque entonces no lo supe, y me dije que alguien, quizá, podría ser inculcado por lo que hice. Un teléfono. ¿Dónde? El único lugar era el poste de gasolina y fui. Mientras el tipo, ese Bill, pues luego supe su nombre, llenaba el depósito, tomé el teléfono, tapé la bocina con el pañuelo y avisé a la policía. Luego..., ya más tarde, cuando interviniste tú, cuando nos encontramos y hablamos... sólo me quedaba una cosa por hacer; volver allí... sabiendo como sabía que más tarde o más temprano intentarías averiguar desde dónde se hizo esa llamada y... lo hice. ¿Recuerdas? Te pedí la llave de tu dormitorio y me viste subir la escalera, pero no entré, sino que me quedé aguardando hasta que te marchaste. Tú mismo dijiste que podías o no volver aquella noche, o si no fue así, sí que tenías una cita... y ya se rumoreaba algo entre tú y esa pelirroja. Mary Jo Stivens creo que se llama, Por tanto, deduciendo, la cita tenía que ser con ella... y tendrías, por lo menos, por poco, para un par de horas. Tomé el coche... y le maté, telefoneando de nuevo a la policía.

—¿Qué sabes de esos dos? —inquirí.

Me miró fijamente con los ojos llenos de sorpresa.

—¿Qué dos? —preguntó a su vez—. ¿Mis primos?

—No. Joe Merrick y ese otro policía amigo suyo.

—Nada, salvo que Joe es un mala bestia. ¿Por qué?

—Olvidalo, muchacha —respondí, sabiendo que decía la verdad—. ¿Y ahora qué es lo que...?

—Ahora, Jesse, es como si estuviéramos aquí los dos solos. Esto apenas si hace ruido.

—¿Vas a hacerlo aquí?

—¿Y por qué no? Eres pesado, pero yo también soy una mujer fuerte. El sacarte fuera, arrastrando —declaró con frialdad—, no me costará mucho trabajo —miró el suelo y añadió—: Ni siquiera se manchará la alfombra, Jesse. ¿O no te has fijado en el suelo?

Miré.

La alfombra no es que hubiera sido sustituida, pero sí había un hule, un gran hule sobre la misma, y comprendí aún mucho antes de que Paula, siempre con aquella frialdad, añadiera:

—Caerás sobre el hule, lo que evitará la mancha de la alfombra, ¿comprendes? Luego... queda mi coche y la carretera. Conozco varios barrancos por aquí que no dejan huella.

Dio otro paso, y en aquel momento su primo Phil, desde la puerta, a sus espaldas, preguntó:

—¿Qué cuernos haces con esa pistola, Pau...?

Se volvió en redondo en movimiento instintivo, soltando una ahogada exclamación y salté contra ella, a sus piernas, en el preciso instante en que deshaciendo el movimiento me enfrentaba, y ambos rodamos por el suelo, ella tratando de disparar y yo de arrebatarle el arma.

En el forcejeo se disparó, una de las bombillas correspondiente a una de las lámparas del techo se hizo pedazos, y entonces, cuando ya el estupefacto Phil Callender se disponía a intervenir en la pelea, la golpeé brutalmente en un lado de la cara y quedó quieta, desmadejada y rota bajo la combinación, sin sentido, y me puse en pie ahora con la «Mauser» en la mano.

—Será mejor que no se mueva, primo Phil —dije suave.

No lo hizo; simplemente, sin apartar la vista del hermoso cuerpo de su prima, preguntó:

—Fue ella, ¿verdad?

—Sí, así es.

En aquel momento oímos el sonido de las sirenas de la policía,

procedentes por lo menos de un par de coches-patrulla.

—Avisé a los demás —dije—, y ábrales la puerta. Warren va a sorprenderse.

Pero el sorprendido fui yo cuando les vi entrar, estando ya Fred, Muriel y Eve con nosotros, asustadas ellas, pálidas, contrastando enormemente con la impasibilidad que él demostraba.

Encabezando la lista de los que venían, vi a Esther, mi secretaria y al teniente Peter Foster del Departamento de Homicidios de Nueva York, cuando ya en el suelo, Paula empezaba a moverse.

Detrás, cerrando la marcha, con los ojos helados y el rostro blanco como un sudario, Warren, *marshall* de White Plains.

—Tengo este caso en mis manos, Jesse —habló Foster sin preámbulo alguno, sin saludar también—. ¿Es ella?

—Sí, así es —repliqué, mirando a Paula que se ponía en pie, ante el silencio de los demás, y con la mano en el lugar del rostro donde la había golpeado—. Te lo explicaré en el precinto de policía.

No me respondió, se acercó a Paula que me miraba fijamente, le mostró su credencial, presentándose a su vez.

—Teniente Peter Foster, del Departamento de Homicidios de Nueva York, *miss* O'Connors

—dijo—. Queda arrestada en nombre de la ley por el asesinato de su tía, *mistress* Alice Callender. Le advierto que todo lo que pueda decir en este momento puede asimismo ser utilizado...

—Ahórrese palabras, teniente —cortó ella, con idéntica frialdad—. Sé cuáles son mis derechos.

—En ese caso, ¿vámonos?

—¿Sí...? Oiga, no pretenderá llevarme al precinto en combinación, ¿verdad?

Vi cómo Foster enrojecía, cómo iba a decir algo, y en aquel momento, Eve salió en su ayuda.

—No se preocupe por eso, teniente —dijo—, acompañaré a mi prima para que se vista.

Entretanto usted puede quedarse en la puerta.

Pero el teniente no parecía dispuesto a consentirlo ya que se volvió a mirar a Esther:

—¿Quieres hacerme ese favor, muchacha? —preguntó, y añadió ante el asentimiento de ella—. Pero ten cuidado una vez dentro de

la habitación.

Esther le dedicó una sonrisa, se acercó a Paula que dio media vuelta, y les vi subir a los tres por la escalera del fondo.

Quedamos en silencio, mirándonos los unos a los otros, Warren, sin perderme de vista, deseando asimismo decirme algo, darme una explicación, pero sin atreverse a ello debido a la presencia de testigos.

Finalmente, veinte minutos más tarde, abandonamos la casona en los dos coches de la policía.

Pregunté mediando el camino, con los ojos fijos en Warren que venía conmigo, mientras que Foster y Esther lo hacían en el otro:

—¿Qué ocurrió con *mistress* Stivens, *marshall*?

Tragó saliva.

—Nos la llevamos del hotel... y... empezamos a interrogarla en el precinto... cuando se presentó ese teniente de Nueva York, llevando una orden para que... que le dejara el campo libre. Ahora *mistress* Stivens está en su hotel. Supongo que esperándole a usted.

Cambié de tema con una pregunta más:

—¿Cómo llegaron a estas horas de la madrugada, Warren? Me refiero a mi secretaria ya...

—Tuvieron una avería en el carburador y les llevó más de tres cuartos de hora el repararla. Luego, en un motel de la carretera, se detuvieron a tomar unas copas y a cenar.

Callamos, y ya no volvimos a pronunciar palabra hasta que nos encontramos en el interior del precinto de policía, con Paula dentro de una de las celdas.

De los cuatro, Foster, Esther, Warren y yo, fue el primero el que rompió el silencio, preguntando:

—¿Qué ocurrió con Joe, Jesse?

—¿Quieres que presente cargos?

—No es que yo lo quiera, muchacho, sino que debes hacerlo, como fiscal. ¿Qué fue lo que en realidad sucedió con ese policía? ¿Lo mataste tú?

—Sí, así es —me volví a mirar a Warren que cada vez estaba más pálido y añadí—: Si no supongo mal, Peter, el *marshall* puede dar una mejor explicación que yo a todo esto, respecto a Joe y a la actuación de la policía local en este caso.

Le miró, Warren se mantenía en pie, mirándonos

alternativamente y Esther había dado media vuelta y miraba por la ventana a las sombras que se levantaban empujadas por las claridades de un nuevo día.

—Ellos se extralimitaron, míster Farrell —sus palabras, entonces, eran para mí—. No fue ésa la orden que les di.

—¿No...? Bueno, puede ser... pero sí es cierto —corté secamente—, que mi cara no le gustaba a usted. Pude darme cuenta el día de mi llegada, que paso por alto debido a las circunstancias. Luego, viendo quién era yo en realidad, quiso asustarme y me mandó a esos dos matones, que se vistieron de paisano cubriendo sus cabezas con sendas medias.

La intervención casual de mi secretaria evitó que me dieran una buena paliza. Supongo también, que ante ese fracaso les envió de nuevo... y Joe tropezó conmigo en el bar donde trabajaba *mistress* Stivens. Lo que ocurrió ya lo sabe... como también lo demás. Entré en la casa y dispararon contra mí. Tiré hacia los fogonazos, hacia la oscuridad, y Joe estaba detrás del revólver que me disparaba, y debajo de la media que cubría su cabeza. El otro, el que logró huir, es Joal Stillman... y voy a presentar los cargos. Por el momento, al dar esas órdenes, se extralimitó, Warren. Por otra parte, vamos a abrir una investigación respecto a la policía de White Plains y usted mismo. El fiscal y el juez de White Plains quieren saber si existe o no corrupción en la policía local, y sobre todo, si la hay, qué papel juega usted en todo esto.

Foster se adelantó unos pasos y le pidió que le entregara su pistola y la placa. En la ventana, Esther continuaba sin volverse a mirarnos.

Era muy cerca del mediodía cuando abandonamos el precinto de policía, Esther y yo, ella colgada de mi brazo.

—Y ahora, muchacha —pregunté tan pronto como nos vimos en la calle—, ¿qué piensas hacer?

—Largarme a Nueva York, pero no ahora, sino mañana.

—¿Mañana...?

—Claro, estoy cansada, no he dormido en toda la noche por lo que si... si no tuvieras ocupado tu dormitorio del hotel iría allí.

—¿En cuyo caso...?

Me miró con expresión regocijada.

—Buscaré otra para pasar el día durmiendo, parte de la noche, tomaré el coche y luego el camino de Nueva York. En cuanto a esa chica, esa *mistress* Stivens...

—Ya lo oíste, pequeña, está en el hotel, y voy a hablar con ella. Necesita un empleo.

—¿Y tú se lo vas a ofrecer?

—Cierto que sí.

Con los ojos más regocijados que nunca se soltó de mi brazo y contestó:

—Tú, Jesse, no vas a hacer nada de eso. La respuesta me la puedes dar cuando nos veamos en Nueva York. Entretanto voy a tomar una copa por ahí.

Se alejó en dirección opuesta a la mía y cuando la perdí de vista inicié el camino hacia el hotel.

No pregunté a nadie, subí hasta el piso superior y llamé a la puerta de la habitación con los nudillos.

Tal vez me vio llegar, porque dijo desde dentro:

—Pasa, Jesse, está abierto.

Empujé la puerta, crucé el umbral, cerré a mi espalda y la enfrenté.

En pie, frente a mí, casi en el centro del dormitorio, Mary Jo me miraba fijamente. Su maleta, aún sin deshacer, estaba en un rincón.

—Ya terminó todo, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿Quién era... era el...?

—Paula

O'Connors

Callender —se lo expliqué todo en pocas palabras y terminé diciendo—: ¿Qué fue lo que ocurrió contigo?

—Era Warren, por mucho que les dije que no sabía dónde te encontrabas, me llevaron con ellos al precinto. Me estaban interrogando cuando se presentó ese teniente amigo tuyo, diciendo que... que traía órdenes superiores de hacerse cargo de todo, habló conmigo, le dije lo que sabía, dónde creía que podría encontrarte, me dijo a su vez que podía irme, y vine aquí... para despedirme de ti, como ya te dije antes.

Sin contestar a aquello inquirí:

—¿Cómo sabías que yo estaba...?

—Era fácil de deducir, querido. Todos sabíamos que los crímenes sólo pudo cometerlos uno de los miembros de la familia Callender. El resto es obvio.

Siguió un silencio en tanto que nos mirábamos fijamente.

Lo rompí con una pregunta que la hizo parpadear.

—¿Sigues queriendo ese empleo en Nueva York?

—Ya dije que sí, Jesse.

—Bien, puedo ofrecerte uno, muchacha.

—¿En tus oficinas...? Tienes... tienes ya una secretaria. La vi, ¿sabes? Una mujer muy inteligente y muy hermosa.

—Necesito otra —respondí.

Abrió los ojos, vino hacia mí, y se detuvo con ellos fijos en los míos.

—¿Otra secretaria...? —preguntó en un tono de voz que me hizo presumir que trataba por todos los medios de averiguar cuáles eran mis pensamientos.

—Cierto, Mary Jo, pero no para mis oficinas, sino para mi casa particular. Gasto mucho últimamente... y necesito alguien que me ate corto.

—Que te... que te... ¡Jesse!

No dije nada, dejando que pensara, que se creyera lo que quisiese, gozándome con los tonos cambiantes de sus grandes y expresivos ojos, hasta que de un modo repentino, comprendiendo al fin y de un modo súbito lo que quería decir, lo que le estaba pidiendo, con un ligero grito se me colgó del cuello.

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:
**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

